



La fragua de Vulcano - Madrid, Museo del Prado - Pintado en Roma en 1630. Las jores obras realizadas en Roma en aquellos años, tanto en el ambiente clasicista como en el de los discípulos del Caravaggio, son enfocados con brillante y personal capacidad de síntesis.

Velázquez

y

su

obra

al ritmo de su proceso de profundización en la elaboración de los nuevos atrevimientos formales.

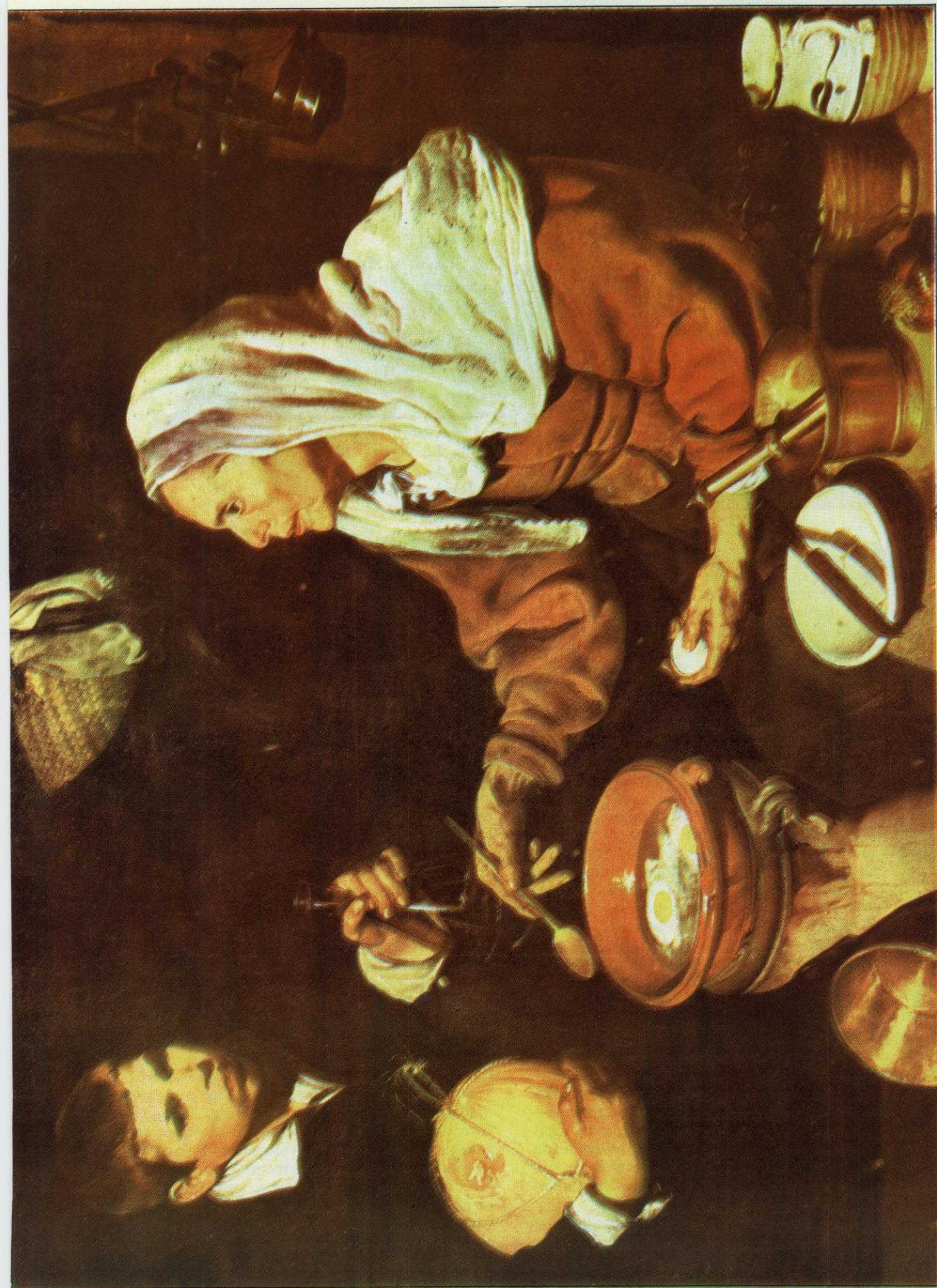
Se multiplican los espléndidos retratos de corte, serio multiforme y compleja a la que falta la introspección despiadada y satírica que más adelante encontraremos en la pintura de Goya, pero que sirve, sin limitación alguna, para desarrollar su incontenible vena pictórica, partiendo siempre de una prodigiosa inmediatez en la toma del natural: retratos ecuestres, con los corceles encabritados, sobre un paisaje pintado de un modo espontáneo, rápido y despreocupado; retratos oficiales en los que el planteamiento áulicamente retórico y tradicional es transformado sustancialmente por la absoluta modernidad expresiva; retratos de enanos y bufones de corte, en una notable y singular sucesión, en los que reaparece la primitiva mordacidad de los estudios naturalistas del período sevillano, aunque menos dramática y como diluida en las notas de una calidad pictórica cada vez más trabajada.

Son menos numerosas, aunque no faltan, en esta etapa, algunas composiciones religiosas más meditadas, de temática rara y preciosa, como *La tentación de Santo Tomás*, de la Catedral de Orihuela, inquietante en su ritmo imprevisto, de reportaje indiscreto en los recovecos más secretos de la hagiografía mística, o el inesperado e insólito *Cristo atado a la columna*, de la Galería Nacional de Londres de corte naturalista, que, con su recóndita significación conceptual, se sitúa, polémicamente,

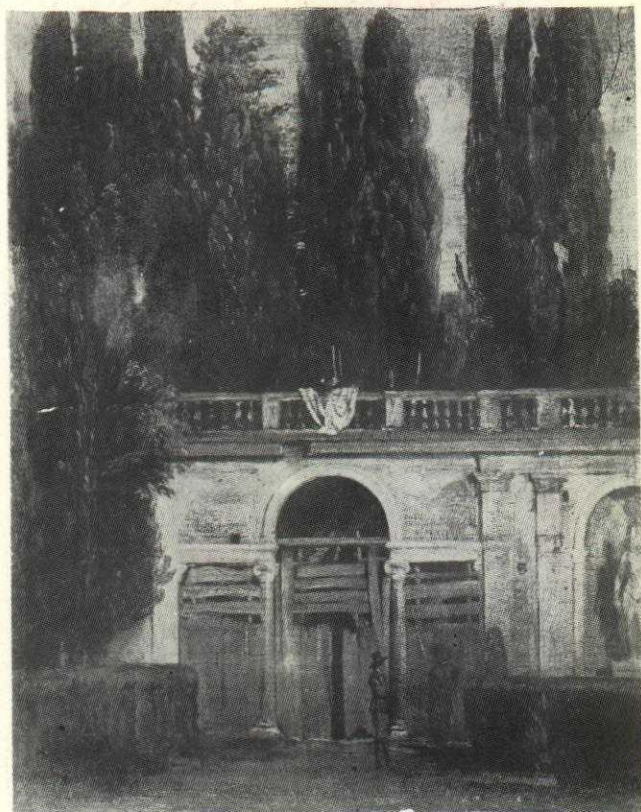
frente a toda forma de pietismo de la pintura del siglo XVII.

Pero es precisamente en todas estas diversas experiencias —pintura de caracteres, de ambiente, de paisaje, de animales, de objetos— donde encuentra modo de madurar, cada vez más atrevida y despreocupadamente, una ejecución pictórica del todo personal, sobre la base de una pincelada fluida y vibrante, empapada de luz y capaz de captar los valores más reales de la representación. Una síntesis tan eficaz como completa de este momento de plena madurez se encuentra en otra obra capital para todo el arte del siglo, *La rendición de Breda*, pintada en 1635: un acontecimiento de diez años antes, un tema de historia de la época, sublimado en acentos de epopeya que parecen proponer de nuevo el balance de toda una cultura pictórica.

Entre 1649 y 1651, Velázquez realiza el segundo viaje a Italia, más largo que el primero, pues durará casi dos años, y en el que será acogido triunfalmente en su doble condición de artista y de hombre de corte; su objeto es buscar obras maestras antiguas y modernas para las colecciones del rey, aunque también sirve para dar prueba de su indiscutible primacía. A diez años de la muerte de Rubens, mientras Rembrandt y Frans Hals están en la miseria, Velázquez es el más ilustre, el más celebrado, el más poderoso de los pintores; el papa Inocencio X posa ante él para un retrato, una de las obras claves del arte del siglo, hoy en la Galería Doria; otro cuadro realizado poco antes, también en Roma, el retrato de su fiel servi-



Mujer friendo huevos - Edimburgo, Galería Nacional de Escocia - La aguda intuición de una realidad, sólo aparentemente humilde y cotidiana, pero sublimada en sus más puros valores formales, hace de esta tela un logro de intensa modernidad, en relación directa con las maduras experiencias de los pintores italianos contemporáneos.



Jardín de la
Villa Médicis en Roma,
al atardecer -
Madrid, Museo del Prado.
*La fecha es incierta:
del tiempo de la
primera o de la segunda
estancia en
Roma (1630 ó 1650).
Pero en 1630,
durante dos meses,
Velázquez vivió,
precisamente
en la Villa Médicis.*

dor y discípulo, el mulato Juan de Pareja, obtiene, al ser expuesto al público en el Panteón, un éxito inmenso. La imagen del papa, por su actitud perfectamente normal, apenas remueve los módulos habituales de la iconografía del siglo XVI, pero es totalmente inédito el sutilísimo planteamiento de la trama pictórica, quebrada y vibrante, basada en un nuevo y revolucionario juego de variación de los rojos.

Y llegamos así a las sublimes realizaciones de la vejez, gracias a las cuales queda abierto el camino a todas las conquistas de la pintura moderna. Predominan los retratos; la última actividad parece toda ella dirigida a una especialización que concede mayor importancia a la búsqueda propiamente pictórica, aunque no se renuncie de ninguna manera a la íntima exigencia del relato.

Y, con los retratos, aparece una composición de vasto aliento, *Las meninas* (Madrid, Prado), o sea las doncellas de la corte, que es, en realidad, un retrato múltiple, ambientado en una inmensa y desnuda sala del palacio: Velázquez ante la tela —como pintando un retrato de los reyes— mientras meninas y otras personas rodean a la infanta Margarita y asisten a la escena. El rey y la reina están presentes también, pero en contracampo, reflejados en el espejo que cuelga de la pared del fondo, sobre la que figuran dos grandes composiciones mitológicas de Rubens y de Jordaens. Vuelve el registro mayor —por empeño compositivo y por complejidad de experiencias— ya intentado en *La rendición de Breda*, pero aquí todo resulta más íntimo y meditado, mientras la luz, controlada por la especial proyección de un interior, potencia a cada figura según las distancias y la calidad cromática de los detalles.

En este espléndido cuadro, la problemática velazqueña del acorde luz-espacio-color encontró su más alta formulación en un acabado cúmulo de anticipaciones que es lo más atrevido y moderno

producido durante siglos por la pintura europea. Junto a esta composición hay que mencionar otra, también de grandes dimensiones: *Las hilanderas*, del Prado, una transcripción, en una escena tomada del natural, del mito de Aracné. Se desconoce el año de ejecución de esta obra, considerada, al principio, posterior a *Las meninas*, y que la crítica tiende, ahora, a retrotraer —con fundadas razones— a una época precedente al último viaje a Italia, a los tiempos de otra obra celeberrima y extremadamente sugestiva, *La Venus del espejo*, llamada también la Venus de Rokeby, de la Galería Nacional de Londres (sublimación de una imagen renacentista, en una visión directa y original, que es anuncio evidente, y poco menos que de resultado análogo, de *La maja desnuda* de Goya).

La fecha incierta de *Las hilanderas* podría fijarse entre 1647 y 1656; pero esta diferencia de años importa muy poco para la calificación de esta obra que, aun sin alcanzar el grandioso planteamiento espacial de *Las meninas* (téngase presente que *Las hilanderas* aparece hoy aumentada, en sus cuatro lados, por zonas de restauración dieciochesca, especialmente amplias en la parte de arriba), participa de la misma problemática; a la luminosidad del proscenio, se contrapone una composición de segundo plano, inundada de luz todavía más viva y clara. Al fondo, reproducido en un tapiz, uno de los cuadros más atractivos del último Ticiano, *El rapto de Europa*, que se conservaba en Madrid y que ahora se encuentra en el Museo Gardner de Boston, una cita o, mejor, una sugerencia crítica, casi una alegoría. Ticiano, pasado por la criba del nuevo tratamiento de la luz, y ofrecido, en la más rápida y genial de las transcripciones, a la varia fortuna de una herencia cultural siempre viva y cambiante: definición moderna del más ilustre bagaje de la cultura pictórica de Occidente, confiada a los destinos ya inminentes de Goya y de Manet.



Las meninas - Madrid, Museo del Prado - Una serie de retratos reunidos en un sugestivo cuadro de conjunto, que es como una ventana abierta de par en par, y de improvviso, en la rigurosa etiqueta del palacio. Todos los personajes que rodean a la infanta Margarita han sido identificados; a la izquierda, pintando, se autorretrató el pintor.

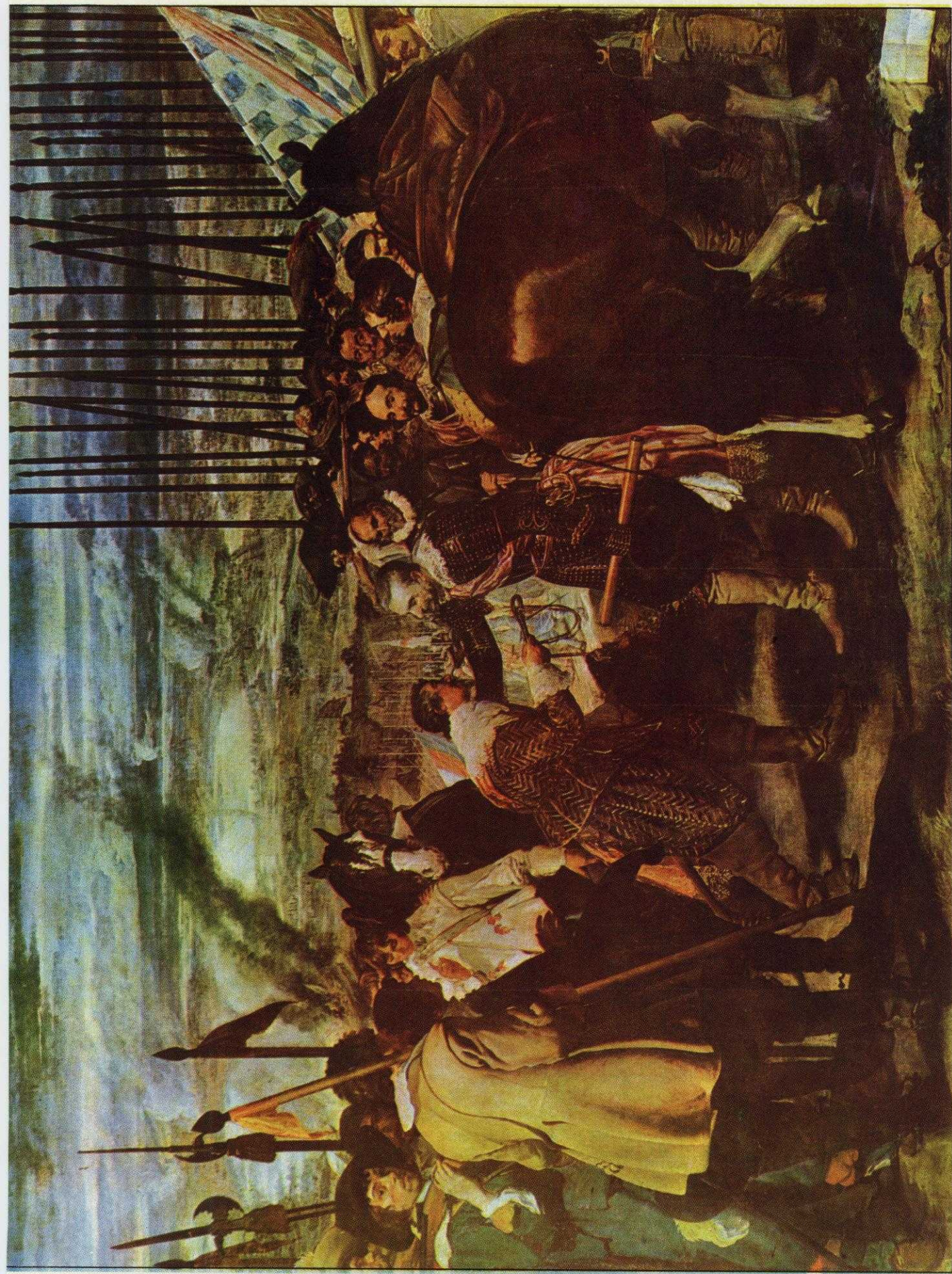
El juicio del siglo XX

por Ernesto B. RODRIGUEZ

LA historia del arte es una historia muy singular —acaso como toda la historia—; es una suerte de pasado móvil donde las categorías, los valores estéticos, no están definidos para siempre. El pájaro azul de la sorpresa puede irrumpir de pronto desde las tinieblas del pasado y alterar nuestro presente, de la misma manera que lo conmueven y alteran las ondas de lo nuevo, de lo por venir. La gran tradición del arte no consiste, como es obvio, en una mera cronología de obras y autores; tiene, paradójicamente, porvenir, de manera que el espectador actual, verdaderamente visionario, es una suerte de Jano bifronte, una de cuyas caras otea lo que nunca se ha visto o no se ha visto bien en ese pasado para hacerlo visible —si es artista— en el presente, y con la otra cara se asoma temblorosamente al futuro. Pero, ¿cómo se revela lo oculto de ese pasado a una mirada sensible? La respuesta va a ser tan vaga como el tema: ese pasado artístico oculto se revela por su mágica calidad, es decir, hay calidades del arte que exigen una larga madurez para ser entendidas. En su momento, apenas creadas, no encuentran, por lo general, ojos maduros que las reconozcan como tales; por eso necesitan de la peripecia del tiempo, de la evolución lenta de esos ojos sólo así puede mostrarse un futuro con toda su gloria. A esta mágica calidad indefinible pertenecen los verdaderos artistas del pasado y del presente; y es, repito, por el reconocimiento de esa calidad que reaparecen, de tanto en tanto, auténticos valores, desconocidos o mal entendidos, de la historia del arte. Por lo tanto puede afirmarse, sin contradicción, que también el futuro se aloja en el pasado; no sólo es enigma el arte que viene, sino igualmente es enigma cierta zona del arte que aparentemente pasó. Por ejemplo, aquel magnífico y extraño pintor veneciano del siglo xv que se llamó Carlo Crivelli fue poquísimamente valorado en su tiempo, tanto, que Vasari, al escribir su famosa historia sobre los artistas del Renacimiento, lo ignora. Pero nuestra época, en cambio, descubre su calidad de artista, y entonces Crivelli surge para nosotros, está con nosotros. Conforme a lo dicho podemos afirmar que si bien Carlo Crivelli perte-

nece al siglo xv veneciano, él nace —artísticamente hablando— en nuestro siglo xx. Otro caso de ocultamiento artístico acontece en el siglo xvi francés; allí se revela un gran pintor, Georges La Tour; admirable pintor de cuadros doblemente significativos, tanto por la expresividad de sus imágenes religiosas, como por su original visión de la luz y la sombra, y asombra que en su tiempo no se destacara su presencia genial. Pero así es; sólo en nuestra época Georges La Tour logró romper el cerco de nubes que lo envolvía y fulgurar. ¿Y El Greco, aquel fantástico pintor de Toledo, no fue reconocido a comienzos de este siglo? Así podríamos seguir con una serie de artistas velados o desconocidos en su momento histórico. En fin, el tema es tan incitante que podríamos escribir una suerte de curiosa historia: la historia del futuro soterrado en el pasado que nuestro presente ha logrado revelar. Pero no son sólo las individualidades sino también las épocas las que se adelantan o retroceden ante la mirada estimativa de un presente dado. Épocas creadoras del arte, épocas tributarias, épocas oscuras, épocas inciertas, épocas enigmáticas, etcétera; los matices son tan numerosos como complejos para la mirada avizora de este presente que somos. Por eso, como ejemplo, vamos a centrar nuestra atención en un famoso pintor bastante mal entendido: Velázquez.

Diego Rodríguez de Silva y Velázquez fue un pintor de raigambre aristocrática, atenido a los modos y usos de la corte real española desde su juventud; sus cuadros de infantas y caballeros cortesanos son verdaderos espejos de ese estilo de vida. Su muy famosa pintura denominada *Las meninas*, condensa, sin duda, esas virtudes de un buen pintor de palacio, con mucho talento pero, al parecer, sin osadía. Y, sin embargo, este pintor, un buen día, es redescubierto a través de un libro memorable: *Papeles sobre Velázquez*; su autor: José Ortega y Gasset. Entonces, al leer el libro, advertimos asombrados que detrás de los modos palaciegos de sus pinturas palpitaba un nuevo mundo, un arrebatador nuevo mundo para la visión. ¿Cuál es este nuevo mundo visual que impone Velázquez, según Ortega? Helo aquí: “El tema de Velázquez



La rendición de Breda ("Las lanzas") - Madrid, Museo del Prado - Este cuadro de grandes dimensiones celebra la victoria de las tropas de Felipe IV sobre los holandeses, el 5 de junio de 1625; en el campo de batalla, el gobernador derrotado, Justinus de Nassau, entrega al vencedor, el general Ambrosio Spinola, las llaves de la ciudad de Breda.

El juicio del siglo XX

es siempre la instantaneidad de una escena. Nótese que si una escena es real se compone por fuerza de instantes en cada uno de los cuales los movimientos son distintos. Son instantes inconfundibles, que se excluyen uno a otro según la trágica exigencia de todo tiempo real. Esto nos aclara la diferencia entre el modo de tratar el movimiento Velázquez y aquellos otros pintores. Estos pintan movimientos "moviéndose", mientras Velázquez pinta los movimientos en uno sólo de sus instantes, por tanto, detenidos. Dos siglos y medio más tarde la fotografía instantánea ha conseguido hacer lo mismo y banalizar el fenómeno. No deja de ser cómico que los seudorefinados de hoy arrojen a los lienzos de Velázquez, como un insulto, su condición de fotográficos. Es, poco más o menos, como si echáramos en cara a Platón ser un platónico o a Julio César haber sido un partidario más del cesarismo. En efecto, los cuadros de Velázquez tienen cierto aspecto fotográfico; es su suprema genialidad".

Ahora bien, ¿la suprema genialidad de Velázquez consiste únicamente en esa visión instantánea? Sin duda, ella es importante, pero nosotros queremos señalar otros valores más trascendentes y que le dan a sus pinturas constante actualidad. Hay dos decisivos: la transparencia y energía del color, especialmente en los retratos de las infantas, y su poder para pintar "eso" inefable que es un espacio. En efecto, antes que nada, hay que destacar en Velázquez la revolucionaria aventura de un color que empieza con los empastes sólidos, casi táctiles, de *Mujer friendo huevos*, sigue con la fantasmagoría cromática del espejo que sostiene la *Venus* y culmina con virtud de piedra preciosa en el retrato, de la infanta Margarita. Si, desde el color ceroplástico que cubre las formas con cierta monotonía de piel, Velázquez llega al color irradiente, vale decir, al color que se conjuga con la luz, entonces, por encima del tema de sus cuadros, uno sigue maravillado la peripecia de esa relación luz-color en el juego de los opuestos y las transparencias.

¿Y el espacio? Velázquez llega a pintar eso inefable que es un espacio. Ortega y Gasset no ve esa posibilidad: "Al hablar de Velázquez se dice siempre que pintaba el aire, el ambiente, etcétera. Yo no creo mucho en nada de eso ni he

hallado nunca que se aclare lo que con tales expresiones se quiere enunciar". Nuestra explicación es esta: La visión barroca le tiene horror al vacío; los cuadros barrocos están llenos de formas, todo vibra, los ojos no tienen un centro de reposo en la superficie. La pintura del Greco es ejemplar en ese sentido. La gran audacia de Velázquez, en cambio, va a consistir en hacer "soportables" esos grandes espacios vacíos. Su pupila se entrega con idéntica pasión no sólo a pintar formas sino al aura sutil que las rodea con un nuevo lenguaje plástico. Pero llega un momento en que esa audacia culmina heroicamente en un gran cuadro: *Las meninas*. En él Velázquez se atreve a pintar al espacio mismo como personaje; el espacio se levanta soberbio sobre el friso humano, allí donde vemos al pintor retratarse y retratar a las meninas. Más de la mitad de esta obra está dominada por un "desierto" espacial, pero un "desierto" poblado gracias a la magia de su pintura. Ahora bien, ese espacio del cual Velázquez pinta el aire o la atmósfera, ¿es el único? No; la cosa es mucho más compleja. Veamos: aparte de ese espacio natural que presenta el cuadro hay otros. Por ejemplo, hay un espacio virtual, es decir, una suerte de dimensión imaginada hacia donde dirige la mirada Velázquez, en la cual están sus personajes, los reyes, y también... nosotros, que lo miramos desde nuestra realidad; otro espacio aparece en el fondo del cuadro; espacio luminoso, de fuga, por donde un caballero, al parecer, se va de la intimidad del cuadro; otro espacio fantasmagórico lo descubrimos en el pequeño espejo que refleja a los reyes mirando la escena; y, por fin, hay un espacio sesgado al cuadro, desde donde surge una luz dorada que reverbera en las figuras de la enana, el perro, el niño, las meninas y la infanta. Estamos ante un juego alucinante de espacios significativos, es decir, ante espacios reales y espacios virtuales formando la trama fantástica del cuadro. Y ese sentido que lo mueve a conjugar espacios de distinta naturaleza no es privativo de *Las meninas*; también lo advertimos —claro que con más simplicidad— en cuadros como *Cristo en casa de Marta y María*, donde Cristo aparece pintado junto a las hermanas en un "cuadro" dentro del cuadro; en *La rendición de Breda*, en que lo descubrimos en el encuadre humano, allí donde la mano del vencido presenta la llave de la ciudad al vencedor; y en *La Venus del espejo*, donde aparece de espaldas un desnudo ideal de mujer recostada muellemente, con el rostro reflejado; distante y enigmático, en la vaga bruma cromática del espejo que sostiene el Amor; allí, a la fina sensualidad de ese cuerpo —flexible como un junco— y al ámbito cortesano de la estancia, se opone el ámbito de sueño del espejo con su poético rostro. Contraste entre un ámbito sensual y un ámbito lírico que Velázquez resuelve con dos técnicas pictóricas: la del desnudo casi táctil y la del espejo puramente visual.

En suma, según hemos visto, la revolución que realiza este gran pintor dentro del siglo XVII español tiene un signo dual; por una parte, él comienza a liberar al color de su vieja servidumbre figurativa; por la otra, entra a considerar al espacio como a personaje de jerarquía. Y en esos dos aspectos descansa, a nuestro parecer, la gloria mayor de Velázquez, pintor clásico y visionario a la vez.

ISABEL II

REINA DE ESPAÑA

La España del "Rey Chispero"

Corría el año 1830 y al frente de los destinos de España estaba Fernando VII, a quien se llamó en otros tiempos "El Deseado". Era un hombre muy campechano en su trato, lo cual le dio una enorme popularidad, sobre todo entre las gentes del pueblo, que veían reflejadas en el soberano no pocas de sus cualidades y defectos. Pero Fernando, como Rey, resultó funesto para España, pues su volubilidad y falta de tacto, unido a la mala fe con que procedió en no pocas ocasiones, hicieron que su reinado fuera uno de los menos brillantes de nuestra Historia.

El Rey Fernando VII había contraído matrimonio, primero, con María Antonia de Nápoles, después, con Isabel de Braganza, luego, con M. Josefa Amalia de Sajonia y por último, en diciembre de 1829, con María Cristina de Borbón, princesa de Nápoles. De sus tres primeros enlaces no tuvo sucesión, pero de su cuarta y última esposa le nacieron dos hijas: Isabel y Luisa Fernanda.

La Reina María Cristina, de carácter bondadoso y animada de las mejores intenciones, logró inclinar no poco el ánimo de su real esposo para que éste adoptase una postura menos intransi-

gente en política y que cesaran las persecuciones contra aquellos que profesaban ideas liberales.

En la España romántica del "Rey Chispero" no faltaban las luchas políticas entre liberales y absolutistas, e incluso entre las diversas ramas de ambos partidos. Era la época del famoso bandido Luis Candelas, de los cafés convertidos en clubes políticos como el de Lorencini, La Fontana de Oro y la Cruz de Malta, y la gran afición a las corridas de toros. Aquel pueblo, voluble como su soberano, igualmente entonaba canciones tan liberales como "El Tragala" y "El Lairón", como otras tan reaccionarias cual "La Pitita"; los mismos que en los años 1820 a 1823 gritaban vivas a la libertad, en los años siguientes no dudaron en dar vivas a las "caenas".

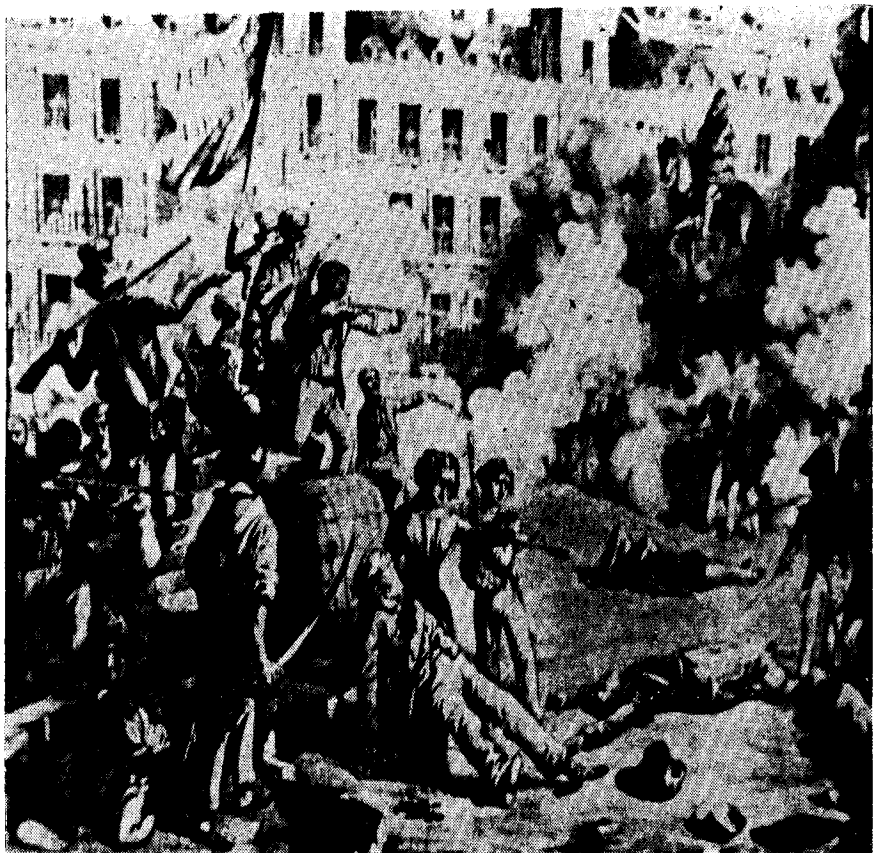


La Reina Isabel II.

LA PRINCESA ISABEL, HEREDERA DEL TRONO

En este Madrid romántico de la época fernandina nació el 10 de octubre de 1830 la princesa Isabel, la primera hija de los Reyes Fernando y María Cristina. No mucho después, el 30 de enero de 1832, les nació su segunda y última hija, la infanta Luisa Fernanda. El nacimiento de las dos princesas llenó de alegría a los reyes y a gran parte de los españoles, pero contrarió mucho al hermano del Rey, el infante don Carlos, que esperaba, al no tener sucesión el soberano reinante, ocupar el trono si fallecía don Fernando.

Basándose don Carlos y sus partidarios en la llamada Ley Sálica que impedía reinar a las mujeres, trataron de que el Rey,



En un cuadro de la época se reproduce la lucha entre realistas y rebeldes, en la Plaza Mayor de Madrid, en el alzamiento de julio de 1854.

que, poco antes y en previsión de lo que ocurría, había abolido dicha ley, volviese a restablecerla para así quedar el infante como heredero. No faltaron situaciones violentas y dudas sobre lo que sería más conveniente hacer. Aprovechándose de una enfermedad del Rey lograron los partidarios de don Carlos que éste fuese de nuevo reconocido heredero, pero no mucho después las cosas cambiaron definitivamente gracias a la actitud de la infanta Luisa Carlota, hermana de la Reina, que animó a su cuñado a retractarse, y así volvió la pequeña Isabel a ser de nuevo la heredera del trono de España.

Restablecido el soberano, el 20 de junio de 1833 tuvo lugar en la madrileña iglesia de San Jerónimo la jura de doña Isabel como Princesa de Asturias, no sin que su tío don Carlos protestase de ello desde Portugal, donde estaba desterrado.

MUERTE DEL REY Y COMIENZO DE LA GUERRA CARLISTA

A los pocos meses de esta solemne ceremonia, ocurrió la muerte de Fernando VII, a los 49 años de edad, el día 29 de septiembre de 1833. Con arreglo a su testamento, fue proclamada Reina de España su pequeña hija de 3 años, con el nombre de

Isabel II; durante la minoría de edad de ésta se encargaría del Gobierno su madre, la Reina María Cristina.

Esto no fue aceptado por don Carlos, tío de la Reina, que se consideraba con más derechos que ella para ocupar el cetro español, y como disponía de no pocos partidarios, pronto estalló una sangrienta lucha civil que duró siete años y que costó a España ríos de sangre. Esta guerra, llamada Carlista por el nombre que adoptaron los seguidores del pretendiente.

EL CONVENIO DE VERGARA PONE FIN A LA LUCHA

La guerra tuvo una serie de hechos notables, y tanto en un bando como en otro se destacaron figuras de gran valía, pero entre todas merece citarse especialmente, al general isabelino Espartero, que logró combatir con éxito a sus adversarios y por último logró concertar con el general carlista Maroto el llamado Convenio de Vergara (1839), que puso fin a la guerra carlista.

Los éxitos obtenidos en la contienda y su acierto al conseguir la paz, dieron a Espartero una gran popularidad e importancia. No estando de acuerdo en algunas cosas con la Reina gobernadora, ésta no pudo imponerse y, cansada de las luchas

políticas, decidió abandonar España en 1840; entonces Espartero es nombrado Regente, si bien no disfrutó mucho tiempo del poder.

MAYORIA DE EDAD DE LA REINA

En julio de 1843 un levantamiento militar derribó al general Espartero, que tuvo que refugiarse en Inglaterra, y entonces, no queriendo nombrar una nueva regencia, las Cortes decidieron proclamar mayor de edad a la Reina Isabel II. La soberana sólo tenía 13 años, y este simple detalle bastará para comprender la mayor parte de los sucesos que habían de ocurrir durante su reinado.

La educación de la Reina nunca estuvo a la altura de la gran misión que había de cumplir, y si comparamos la preparación de Isabel II con la de su coetánea, Victoria I de Inglaterra, veremos que si a la princesa inglesa se la educó desde un principio bajo un régimen y una disciplina varoniles, procurando darle una adecuada formación para que cumpliera en todo momento con sus deberes de soberana constitucional, a la Reina española nunca se le enseñó a someterse a un régimen de estudios adecuados y se fomentó su predisposición a la indolencia y a los caprichos más o menos razonables. Esta equivocada educación, unida a los pocos años de Isabel y a las ambiciones de los políticos, fueron la causa principal de las graves incidencias de su reinado.

MODERADOS Y PROGRESISTAS

Los grupos políticos que tentaron el poder durante el reinado de Isabel II fueron los llamados moderados y progresistas; éstos eran partidarios de restringir el poder real y de una política más bien izquierdista; aquéllos, de una mayor influencia de la Corona y una política más bien derechista.

Entre los progresistas, las figuras más notables fueron Espartero, Olózaga, Serrano y Prim. Los moderados más importantes fueron Narváez, Bravo Murillo, Salamanca, Martínez de la Rosa, Pezuela y el conde de San Luis. Figura aparte es la de don Leopoldo O'Donnell, que con elementos de ambos partidos fundó una

nueva agrupación política centrista llamada la Unión Liberal, que gobernó desde 1858 a 1863 y fue el período más estable del reinado.

MATRIMONIO DE ISABEL II

Al poco tiempo de ser proclamada mayor de edad se pensó en el casamiento de la Reina y de su hermana. No faltaron candidatos a la mano de Isabel, algunos de ellos muy convenientes, especialmente su primo el conde de Montemolín, hijo del pretendiente don Carlos, con lo cual se hubiera zanjado la cuestión carlista; pero no se pudo concertar el enlace. Al fin se decidió casar a la Reina con su primo, el infante don Francisco de Asís, hijo de don Francisco de Paula, hermano menor de Fernando VII. Este príncipe no reunía las condiciones más adecuadas para sus funciones de Rey consorte.

Se celebraron las bodas de la Reina y de su hermana Luisa Fernanda, que casó con don Antonio de Orleáns, hijo del Rey de Francia, el día 10 de octubre de 1846, y con este motivo hubo grandes fiestas en Madrid, destacándose especialmente la fiesta real de toros que se celebró en la Plaza Mayor (convertida en coso taurino), con asistencia de la real familia y en la que intervinieron los famosos toreros Francisco Montes "Paquiro", "Cúchares" y el "Chiclanero".

"LA REINA CASTIZA"

Doña Isabel siempre sintió la plenitud de la realeza, y si bien en algunas ocasiones no procedió con acierto, no pudiendo por ello decirse que fuera un modelo de soberana constitucional, tampoco deben atribuírsele a ella exclusivamente los errores de su reinado, causados en gran parte por las ambiciones de hombres que buscaron más que el bien del país su encumbramiento personal.

Lo que no puede negarse a Isabel II es una sencillez y campechanía extraordinaria, que le valieron el cariñoso y simpático apodo de la "Reina Castiza", ya que por su carácter sumamente abierto y alegre sabía dar siempre alguna nota de humor jovial y salpimentado a los aburridos consejos de ministros y a los in-



En esta pintura, la Reina —niña—, al lado de su madre la Reina Regente María Cristina.

terminables actos oficiales que tenía que presidir.

Le gustaba, especialmente en su juventud, salir por las calles guiando ella misma un pequeño coche de caballos, y pasear un rato por Madrid. A su paso las gentes la rodeaban con entusiasmo y las aclamaciones se confundían con los piropos con que el pueblo español obsequiaba a su soberana, que les correspondía con sus mejores sonrisas, y con cariñosas frases de gran familiaridad.

A pesar de lo mucho que se ha escrito en contra de su reinado, es justo recordar que durante él se efectuaron obras de gran importancia para el país, como la inauguración de los primeros ferrocarriles.

La Reina tuvo diez hijos, pero varios murieron al nacer o con pocos años; los que más importancia tuvieron fueron Isabel, Paz, Eulalia y Alfonso, que sería con el tiempo Alfonso XII.

LA REVOLUCION DE SEPTIEMBRE

Las luchas políticas y los pronunciamientos militares fueron cada vez más frecuentes y temibles, además al morir O'Donnell y Narváez, que eran los dos grandes políticos de la monarquía, se encontró la Reina en una situación bastante apurada.

En septiembre de 1868 la escuadra se levantó en Cádiz contra el Gobierno, y con rapidez se extendió el movimiento revolucionario por gran parte del país. Los jefes de la revolución eran los generales Serrano (antiguo favorito de la Reina) y Prim. El día 28 del mismo mes tuvo lugar la batalla de Alcolea (Córdoba), en la cual los revolucionarios vencieron a las fuerzas leales a la Reina, acabando así su reinado de 35 años.

Doña Isabel estaba veraneando en San Sebastián, y el día 30 salió para Francia con gran dolor



La batalla del Puente de Alcolea, Córdoba, en septiembre de 1868, favoreció a los rebeldes, lo cual motivó la salida de la Reina de España.

de su corazón, pronunciando su famosa frase: "Creía tener raíces más profundas en mi país".

EN EL DESTIERRO

La Reina se instaló en París en el palacio de Castilla y, tras no pocas vacilaciones, el día 25

de junio de 1870 abdicó la corona en favor de su hijo Alfonso, con objeto de que hubiese más probabilidades de una restauración. Esto no tardó demasiado en producirse, pues los gobiernos de Amadeo I y de la Primera República fracasaron rápidamente, y a fines de 1874 el general Martínez

Campos proclamó Rey de España a don Alfonso XII, que fue recibido con gran alegría por la mayoría de los españoles.

Así logró la Reina ver a su hijo al frente de los destinos de España, pero se entristeció cuando vio que no era posible su regreso a Madrid para vivir junto a su hijo. Los Gobiernos se mostraron siempre intransigentes en esto y sólo en algunas ocasiones se le permitió pasar algunas temporadas en España; así, la que tanto amaba a su patria se vio precisada a vivir por el resto de sus días en el destierro.

Su muerte tardó bastante en producirse; vio morir en 1885 a su hijo y en 1902 a su esposo (del cual se separó amistosamente al abandonar España). Al fin doña Isabel II falleció en su palacio de París el día 19 de abril de 1904.

La figura de esta Reina ha sido objeto de numerosas críticas respecto a su actuación política y a su vida privada, pero en realidad se exageró siempre bastante y si, en vez de escribirse tanto sobre sus auténticos o supuestos errores, se hubiese escrito algo más sobre sus buenas cualidades, sería muy distinto el criterio de la gente sobre su persona y su interesante época.

EMBOTELLADO

EN ESCOCIA

Reg. S. S. A.
2175 "A"

DISTRIBUIDORA
PUIG, S. A.

BOULEVARD
MIGUEL
DE CERVANTES
SAAVEDRA
No. 15.

Teléfono:
31-35-15 con 3 líneas
Apartado Núm. 7410
México 17, D. F.

Un Whisky
escocés se destaca
VAT 69





La plegaria del caballo árabe

por Francisco L. URQUIZO

A ti mi amo, mi jinete que cabalgas sobre mí, ofrezco esta plegaria:

Por favor:

Aliméntame y dame de beber a menudo, y cuando termine mi trabajo diario, dame una caballeriza y una cama seca donde pueda echarme cómodamente.

Inspeccióname los pies cada día y lávamelos con una esponja refrescante.

Si rehuso el forraje, por favor, inspeccióname la boca y los dientes; tal vez alguna dolencia me impida que coma.

Yo no puedo decirte cuando tengo sed, así pues, aun cuando esté trabajando, déjame a menudo beber agua fresca, agua limpia.

Háblame, tu voz es mejor que

el látigo o la rienda. Acaríciame a menudo que yo aprenderé a amarte y a seguirte.

Por favor, no me levantes la cabeza con el freno; eso me lastima el cuello y la boca, y me impide el uso de toda mi fuerza y el evitar caídas.

No me cortes la cola y me privas de esa defensa contra las moscas, que constantemente me atormentan.

Por piedad no tires de las riendas; y en las subidas no me azotes.

No me espolees o me azotes cuando no ejecuto lo que quieres. Trata de hacerme entender tus mandatos. Si rehuso, asegúrate de que el bocado o el correaje no me lastiman y de que no tengo nada en los pies que me pueda causar dolor.

Si me asusto, no me pegues; acuérdate que el susto es cuando a menudo por las anteojeas o por defectos de la vista.

No me forces a cargar o a tirar de pesos muy grandes, o a caminar muy de prisa en los caminos resbalosos.

Si me caigo, tenme paciencia y ayúdame, que yo hago todo lo posible por no caerme. Si tropiezo, por favor no aumentes mi miedo porque el dolor de tus azotes solamente me causa mayor espanto y nerviosidad.

Sálvame de asolearme excesivamente, y cuando haga frío y yo esté cansado, por favor, cúbreme con una manta.

Y al final, mi buen amo, cuando la vejez me vuelva inútil, por caridad no me dejes morir de miseria y de dolor bajo un látigo cruel. En vez de esto, toma mi vida sin que yo sufra, y tú serás recompensado.

Amén.



**Balcones
al Mar**

(Acapulco, Gro.)

Teléfono: 2-19-19

BUNGALOWS

Carretera al Pie de la Cuesta, kilómetro 6.

Bungalow con 1 recámara	\$ 70.00	Diarios
Bungalow con 2 recámaras	„ 100.00	„
Bungalow con 2 recámaras de lujo	..	„ 150.00	„
Bungalow con 3 recámaras	„ 150.00	„
Bungalow con 3 recámaras de lujo	..	„ 200.00	„
Bungalow con 4 recámaras de lujo	..	„ 300.00	„

Todos los Bungalows con refrigerador, cocina equipada con vajilla y utensilios, comedor, ropa de cama, entrada de coche, jardín y alberca con agua salada y con agua dulce.

Reservaciones en Av. División del Norte 839 México 12, D. F.

Teléfonos: 45-13-13 y 43-94-71

DOCE ARQUETIPOS DE LA HUMANIDAD

por H. Espinosa ALTAMIRANO

Dante, al finalizar *La Divina Comedia*, lanzó una mirada retrospectiva sobre la cadena de tercetos que integran la obra y exclamó presa del asombro y síntesis admirativa y crítica: "poema donde ponen su mano tierra y cielo". Con estas palabras Alighieri nos indicó el proceso de sus visiones creadoras; el ascenso que va de la pasión que lo movió a condenar y precipitar en el fuego —en la región sin esperanza—, a réprobos y enemigos; con ellas habló de la voluntad que lo hizo recorrer galerías y cinturones de una montaña donde purgan sus culpas pecadoras y viciosos, subiendo, por último, a la orquestada gracia de la luz y las esferas. Fue así como Dante precisó el camino que había seguido su inspiración creadora. Fue así como nos hizo partícipes de la interior aventura que después plasmó, sobrepotenciada por los eslabones de tercetos, en *La Divina Comedia*.

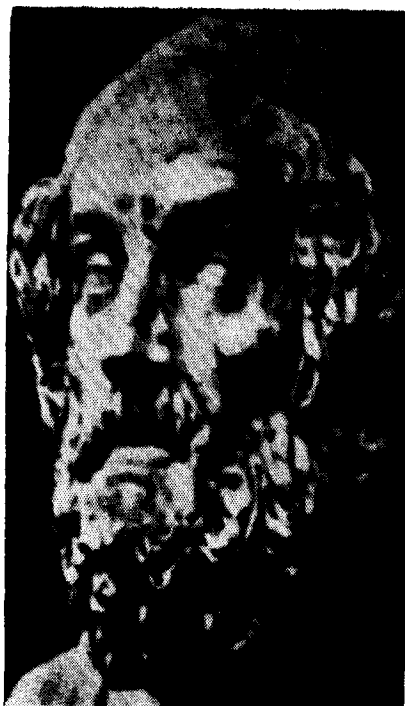
Sus palabras son un patrón estricto para medir las obras y la acción de los hombres. "E imaginemos por un momento que se realizara una selección de la historia conocida de sólo una docena de personajes capaces de ser analizados bajo la doble luz de que nos habla Dante; una docena de hombres que representen a la especie ante otros mundos o los dioses. En principio surge la incógnita del criterio que deberá

seguirse para elegirlos. Se trata de distinguir a aquellas personalidades que han buscado la superación intelectual y moral de la humanidad, ya sea estableciendo una norma de conducta que se acentúa con el sacrificio o la muerte, o que trazada en lienzos y escritos. Trataremos de subrayar el salto que va de lo cotidiano a lo heroico; la parábola que, naciendo en lo terrenal, desemboca en lo místico (entendiendo por misticismo la contemplación y la lucha por lo que está más allá de nuestra realidad inmediata), o el disparo de la inteligencia que penetra nuevas galaxias del conocimiento. También se buscarán personalidades que sinteticen una edad y un tránsito del hombre, así como la universalidad y generosidad de pensamiento, que, unido a la nobleza y plenitud de las formas empleadas para vaciar sus concepciones, rebasen las realizaciones humanas y rayen en lo excelso. Es decir, el sitio "donde ponen su mano tierra y cielo".

Moisés, guía de pueblos, heroica síntesis del Antiguo Testamento, es el primer arquetipo que encontramos. Con él crece la idea de la exigencia de un solo Dios, y no sólo es el moralista y guerrero, sino que ejemplifica al hombre que renuncia a sus privilegios de casta faraónica, transformándose en el libertador de un pueblo esclavizado. La idola-

tría se funde bajo el furor de su palabra en el símbolo del Becerro de Oro, unificándose las tribus de Israel alrededor de la autoridad y el báculo del Hombre-que-habla con Dios, ya que Moisés ha quedado como ejemplo de reciedumbre y virilidad: es el legislador que selló el pacto con Dios y recibió las Tablas de la Ley. Lo miramos sentado, con los ojos colmados de furia y desprecio por el linaje humano; así lo despertó de su sueño Miguel Angel con los golpes del cincel. Tiene el vigor patriarcal de los justos: el relámpago de la palabra de Dios en el rostro.

Si Moisés es la síntesis del Antiguo Testamento, **Homero** lo es del heroísmo pagano. La *Ilíada* y la *Odisea* no sólo unificaron a los griegos; no sólo fueron lección constante para las juventudes, sino que, cumpliéndose en sí mismas, son el ideal de belleza; ideal de belleza que es el más alto concebido por el hombre. Homero hizo posible la universalidad y la inmortalidad de la mitología griega; dio la noción exacta de que una hazaña que no sea celebrada por el canto a las artes, carece de verdadera significación. En Homero, la leyenda, los personajes y sucesos se hacen historia, y gracias a él podemos reconstruir la edad del heroísmo del Mediterráneo y de la cultura occidental, con mayor vigencia que los sucesos de hoy. Ulises es



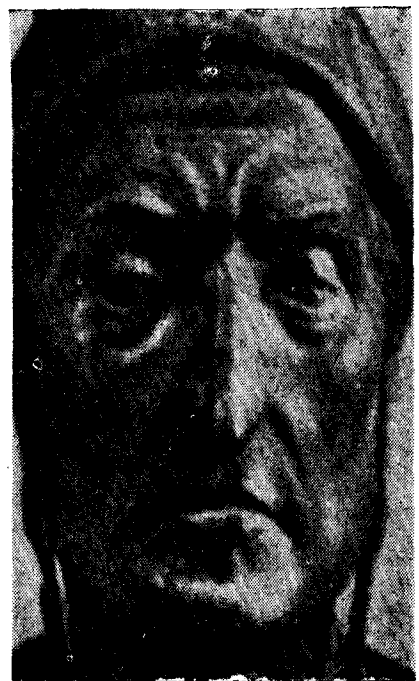
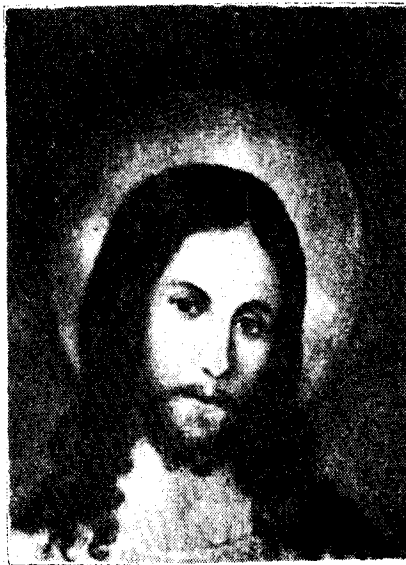
el primer hombre que posee la sed de aventura que ha caracterizado al Occidente. Pero si el poder narrativo de Homero unificó a los griegos, su poesía les dio el vino de la inmortalidad... De sus manos se alzaron Esquilo y Sófocles, Píndaro y Eurípides, Anacreonte y Safo. Vuelo mayor que Virgilio y Horacio codiciaron...

Sidarta Gautama, cuyo pensamiento destroncó la concepción del brahmanismo y advirtió la posibilidad del **nirvana**, ha tenido una influencia decisiva sobre el desarrollo de los pueblos asiáticos desde hace veinticinco siglos. La figura moral de **Buda**, colocada sobre la del unificador de las tribus de la Media Luna, el profeta Mahoma, fue determinante para la cultura de los orientales que, elevándose por encima de las circunstancias, fijan su aspiración en el dominio de las pasiones, como medio de lograr una vida superior. Los resultados de su doctrina pueden ser analizados, censurándolos, bajo el pragmatismo contemporáneo, pero es indudable que han contribuido al perfeccionamiento moral de un amplio sector de la humanidad. Junto a él, Confucio, que concibió la felicidad del hombre en razón a la supeditación y no resistencia al Estado (doctrina propia de un consejero de las dinastías absolutistas orientales), resulta de significativa inferioridad. Ahora bien, si la turbulencia dionisiaca está en la tempestad, la cristalización apolínea, semejante a la textura del loto, surge de las aguas de la meditación.

Lo que en la actualidad se conoce como agitación o delito de disolución social, tiene en **Sócrates** preclaro antecedente. Y aunque el pensamiento de este dinamitero de las "verdades oficiales" es conocido, en su eje y principal irradiación, a través de los escritos de Platón, su muerte, afirmando el derecho del hombre a buscar y divulgar la verdad, así como la existencia de un solo Dios, y rechazando el destierro, lo transformaron en uno de los más altos símbolos de la inteligencia. Sócrates creía en el perfeccionamiento moral del hombre por medio de la educación de los instintos; por esto lo hizo centro de sus preocupaciones y doctrina, desentendiéndose de la observación y estudio de la Naturaleza. Al ser condenado a beber la cicuta y morir con singular estoicismo, sus acusadores y verdugos no sabían que le daban la ambrosía de la inmortalidad, al unificar en un haz vida y doctrina, muerte y pensamiento, trocando a quien querían borrar de la tierra, en alto símbolo del heroísmo intelectual. La miseria de sus contemporáneos fue el pedestal de su grandeza.

Si en alguna personalidad confluyen la muerte y el nacimiento de una edad; si en algún protagonista pasado y futuro se hacen encrucijadas, es en **Jesucristo**, a quien, para analizar en su significación, tenemos que considerarlo como hombre. En verdad el paganismo empezó a perder su claridad cenital desde el momento en que los estoicos renuncian a la plenitud de los sen-

tidos. Al unísono se acentúa la preocupación por la posibilidad de una existencia más allá de la muerte. Dos concepciones van a entrar en colisión, precipitándose en la sombra y el olvido dioses y formas que los representaron y les dieron vida. A estas fuerzas antípodas hay que agregar que los esclavos se lanzaban a luchas desesperadas (tal el caso de Espartaco), por carecer de perspectivas sociales y futuro. Y en un ambiente en que se discutía si los esclavos tenían alma; en un mundo en el que las herramientas de trabajo y los animales de tiro estaban por encima de los hombres que no eran ciudadanos o pertenecían a las castas de Roma, en una provincia apartada del imperio, lugar de paso de caravanas cuyo esplendor estaba en decadencia y cuyo pueblo se aferraba a la palabra de sus profetas, un hombre nacido en las condiciones que la extrema pobreza imponen, habría de alzarse contra los poderosos de la tierra y proclamar las bienaventuranzas de los desheredados en el **Sermón de la Montaña**: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados... Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos", y, al destacar la fuerza de trabajo que ha levantado la riqueza, señaló: "Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hom-



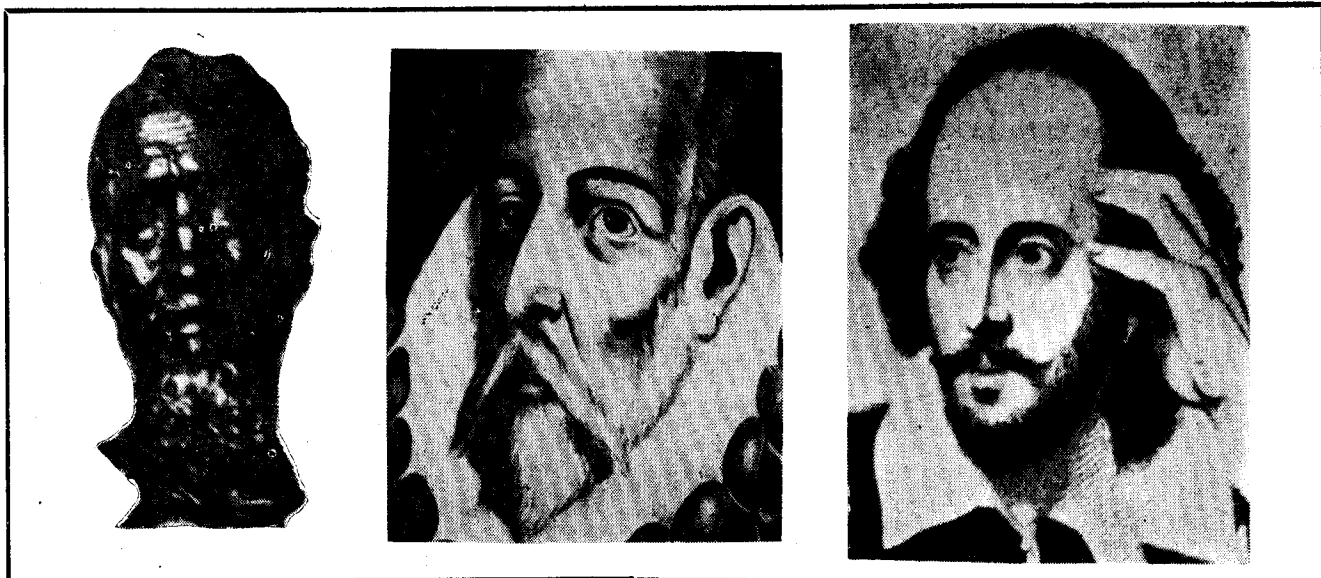
bres". Es decir, que en medio de los valladares y cinturones que ponían las clases privilegiadas, Jesús predicó la igualdad entre los hombres y fue la senda por donde se empeñaron las consignas y conspiraciones de los ofendidos de la tierra. Su grandeza crece al humanizar el **Antiguo Testamento**; al cambiar a un Dios de furor y venganza (un Dios para el usufructo de un pueblo), en un Dios de amor y universal. Él robó a Israel su Dios para darlo a la humanidad: por esto es semejante a Prometeo. Sacó a Dios a los campos y al taller, al desatarlo de los templos y los cepos de escribas y fariseos: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir la esperanza de los desheredados con la espada".

A los treinta y cinco años **Dante**, atribulado por las persecuciones y el destierro impuesto por el papado, destemplado por haber saboreado la hiel del fracaso en las empresas de orden material; sin poder retornar a su Florencia so pena de perder la vida en la hoguera; consciente de que su existencia está en la mitad del camino, inicia, abrumado, el poema en que habrá de ceñirse la toga del fiscal en los negocios del alma. Es indudable que a Dante le hervían en el pecho borbotones de amargura. La sombra de la frustración se inclinaba sobre su existencia. El ruido de los triunfos temporales de sus enemigos y de gente de menor sustancia que él, le aceran la lengua

y el idioma toscano hasta hacerlo impertérrito maledicente. Los hervores se convierten en angustia cuando mira que la vida se escapa como arena o agua entre las manos. Él ha perdido la batalla en un plano inmediato. ¿Cómo cobrar la afrenta? ¿Cómo devolver los quebrantos y sinsabores? Entonces recuerda que en su juventud prometió una obra sin segundo; reflexiona y confirma que mientras el combate sea librado entre mazmorras y salones cortesanos, entre intereses y voluntades bastardas, él será derrotado. Su fuerza está en elevar el nivel de la lucha, transformarla de cotidiana en heroica, de terrenal en mística, pues cuando se está vencido nacen alas nigrománticas. Así surgió la catedral de **La Divina Comedia**. Catedral en cuyos cimientos se encuentran Infierno y Purgatorio, y en cuyas torres y cúpula el espíritu de Dante, ya limpio de las pasiones terrenales, encontró el manantial de la armonía. Alighieri, reunió, sobrepotenciados, la gracia de Fray Angélico y las diatribas de Savonarola, así como la capacidad de libelista de Lutero. Pero bajo la fronda de los tercetos que se multiplican con reflejos protéticos, **La Divina Comedia** semeja un Valle de Josafat o un laberinto de espejos donde los condenados se reconocen a sí mismos. Pero Dante no sólo dio la hondonada doliente, enseñó también que la altura se logra mediante la superación sistemática que nos desliga de miserias. Un diamante se produce con la cristalización y la presión terrestre; así se hizo

divina **La Comedia**: luz nacida del agobio del mundo.

Con pinceles y escoplo, a fuerza de compás, un hombre habrá de tentar —en permanente movimiento—, el poder absoluto de los dioses, utilizando el linaje olímpico del mármol. Ascética fue su vida castigada en la jornada insomne del trabajo. El golpe del cincel y el trazo apocalíptico fueron diálogo idóneo con su genio, con la energía sobrehumana que le manaba del corazón visionario. Los duelos y quebrantos, el infortunio, sembraron en sus obras un hambre insaciable de eternismo. Su apellido en la tierra es **Buonarroti**, pero en el sol del arte se llama **Miguel Angel**. Así como otros fundaron academias, él dejó una familia integrada por héroes, profetas y sibilas, y entre la ira de "Moisés" y la decisión combativa de "David", la serie de esculturas conocidas como "Las Piedades", semejan escampados donde el bosque cíclopeo pregona la ternura de su alma, la tempestuosa colisión que ocurría en su espíritu, ensamblado al paganismo y la concepción cristiana de la vida. Nunca el hombre tuvo más voluntad de altura y vocación de grandeza. Allí Fidias y San Juan se dan la mano, Platón y Dante marchan en igual columna; porque entre la abrumadora carga de la muerte, entre el relámpago que un instante ilumina la cádena existencia de ultratumba, están en las vertientes de las formas el racimo apolíneo de las uvas o la turgente plenitud de Eva. Junto a su luz la frente se dobla, son

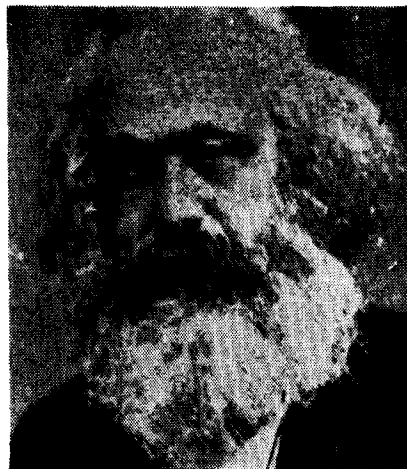
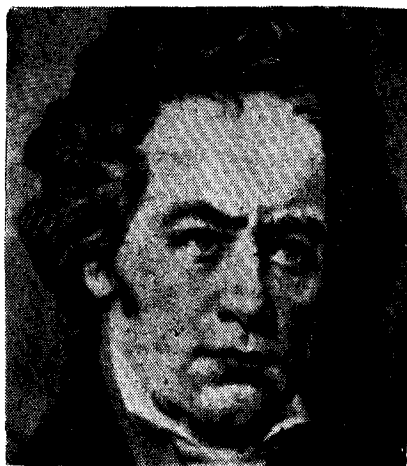


ridículos el fasto y el orgullo, la vanidad se humilla y palidece. Bajo las letras de su nombre, al pie de sus obras puede repetirse: "Nunca el hombre tuvo más voluntad de altura y vocación de grandeza".

Pero si Miguel Angel es la vehemente determinación de herir a la muerte con la belleza, **Cervantes** es la aceptación —en ejercicio de meditación e ironía— de la existencia. Oscuro escritor arrinconado por la popularidad y farundia de Lope de Vega, veterano combatiente de Lepanto obligado a desempeñar cargos insustanciales por la ampulosa erudición de los Argensola, llega el hidalgo a la mitad de su madurez abrumado de insatisfacciones y deudas. Las dificultades y apreturas con que lo ciñe la necesidad lo mueven a solicitar su traslado a las Indias. Dichosa negligencia de los escribanos y burócratas de la época hace que la solicitud encalle en el olvido. Nada lo salvará de ser aprehendido por los manejos de sus acreedores, y con el reposo impuesto nada lo salvará del imperativo de la creación. Es así como la imaginación lanza a Cervantes a un salto cíclico: pasará del soliloquio que ayuda a sobrellevar los quebrantos de la fortuna, a la majestuosa simbología del ideal humano, estableciendo un escenario donde lo grotesco de la necesidad y condición humana se alternan con los disparos del heroísmo y la poesía echada a los caminos para guerrear contra siniestras razones. Miguel de Cervantes Saavedra es hito y suma del alma española, y por ende, lo es del arte y la literatura castellana. Asimismo, por este feliz maridaje efec-

tuado entre el vigor popular y la problemática trascendental del español (boda que se inmortaliza en *El Quijote*), el pensamiento y el arte ibéricos serán en gran medida un diálogo polémico y exaltado, místico y sanguíneo, con el libro sillar que gestara un hombre cuya sabiduría nació más de la observación y la experiencia, más de la inteligencia que de la lectura. Hombre mezclado con su pueblo en la sed de grandeza y aventura, bachiller a su hora, y a quien la vida dio un sabor espeso —semejante al sabor del higo y la aceituna—, haciendo que su grandeza moral se volcara en la prestancia de una prosa sin segundo. Y este paladeo optimista de la existencia, en equilibrio con la raíz hebraica del español, le venía a Cervantes de su estancia juvenil en Italia; estancia que lo hizo el escritor más renacentista de los Siglos de Oro, ya que es meridiano en medio de una literatura que tiende a los excesos del barroco (intensidad hasta el agotamiento en forma y contenido), siendo luz cenital entre el aguafuerte del realismo y los púrpuras y morados de los místicos. Como Goethe, Cervantes supo hallar en Italia las formas que fijaran su pensamiento. Para el autor del *Werther* la parábola se realiza del subjetivismo romántico (enfermedad que se prolonga y es endémica en las letras contemporáneas), al Mediodía clásico. En Cervantes la hondura y dramatismo, la pujanza extrema, se atempera bajo el resplandor del Renacimiento italiano. Cervantes andariego y sedentario, realista y amigo de nobles sinrazones, autónomo y gregario: espíritu donde cruzan la eternidad y lo terreno.

La generosidad y la abundancia expresiva tienen en **Shakespeare** su más acabada representación. En el poeta se alternan, sin ceder un punto, las corrientes líricas y dramáticas, la gracia unida a lo metafísico, simbolizando su obra la intensidad y altura mayor de la literatura moderna. Ahí, junto al voltaje trágico de *Macbeth* encontramos la brisa primaveral de *Romeo y Julieta*; unido al diálogo que sostienen Horacio y Hamlet, cuando al pie de un sepulcro éste toma entre sus manos la calavera del bufón Yorick, hallamos la delicadeza de Ofelia, así como cerca de los cuervos y milanos tropezamos con el ruiseñor y la alondra, aves de Shakespeare y tan legítimas de y a su mano, como los celos de Otelo o los infortunios y la borrasca que se ensañan con el Rey Lear. Sin lugar a equívocos podemos escribir que si debido a una catástrofe la especie humana desapareciera, con las obras de Shakespeare y Beethoven se podría reconstruir la imagen espiritual del hombre moderno en sus manifestaciones y ansias de redención y libertad, así como en las vertientes fundamentales de sus pasiones, pues la enumeración y graduación de vida y sentimientos, de sensaciones y presagios, alternando con un *fatum* que nos arrastra y envuelve sin que la voluntad o resistencia lo venzan o puedan eludirlo, hacen de ambos los herederos y continuadores de la tragedia y voluntad helénica, presentada en el escenario del *sonido y la furia* de este tiempo. Cisne y albatros por la belleza y periplo de vuelo, Shakespeare semeja un Júpiter en cuya cabellera se han enredado, coronán-



dolo, las águilas del romanticismo y contemporáneas. En su bóveda nocturna la intensidad dibuja más caras y caríatides, ígneas grecas y grifos que se resuelven en chisporroteo de angustia y protesta por la condición de fantoches y marionetas que le han dado los dioses al hombre en el palenque funesto del mundo.

Así como en la Florencia de Lorenzo de Médicis, calificado de El Magnífico por la sutileza y calidad proteica de su espíritu, Miguel Ángel pudo hallar el aliento y estímulo que le abrieron las alas, en la Alemania de la segunda mitad del setecientos un hombre encontrará un clima en extremo fecundo para el desarrollo de su inteligencia y sus excepcionales dotes. Con él renace la primavera de los dioses. La avidez de sus sentidos sólo es comparable a su avidez de conocimientos, pues la Naturaleza se complació en proporcionarle una sobrecarga de energía y ponderación, así como la posesión y dominio de sí mismo en medio del desenfreno dionisiaco, conduciéndolo, para hermanarlo con Zeus, a la cumplida tersura de lo apolíneo. Ciencia y elegancia de su mano surgieron como si fuese el árbitro y maestro. Sabiduría y canto nacieron en sus labios con vigor panteísta, semejante a la voz de Adán reintegrado al Paraíso. Pero ciencia y poesía, ensayo y creación, son para él caminos, formas y medios de alcanzar la plenitud y serenidad. Por ello vida y obra se integran en un todo, en un astro cuya luz compite con las sombras al mul-

tiplicarse en sí misma. Si Miguel Ángel fundó una familia de héroes y dioses, Goethe conversó y convivió con esta dinastía, prolongando su existencia en una latitud donde las pasiones terrestres y nacionales no rozaban su espíritu. Y, sin embargo, nadie ha sentido y expresado como él esa vocación de Alemania que hace del estudio y el carácter del hombre un destino. Así, cuando la independencia se hace universal y se vive en los siglos, la autonomía se llama Goethe. Y cuando la inteligencia se aplica al conocimiento y la naturaleza es campo de experimentación para llegar al dominio y la serenidad volcánica de quien ha cruzado las tinieblas para pulsar la luz, esta experimentación se llama Goethe. El perfeccionamiento le proporcionó la juventud y la belleza, pues tenemos que preguntarnos si la nobleza de su rostro (ese rostro que hizo pensar a Heine que se hallaba en presencia de Júpiter), es uno de los resultados de la voluntad de su espíritu. Goethe es semejante a un Adán que ha soportado la expulsión y el castigo, siendo reintegrado al Paraíso por la virtud del canto.

Si algún hombre ha sentido en su espíritu la ebullición de la energía cósmica a través de la experiencia del arte, es **Beethoven**. Si algún artista se ha sentido llamado a robar la armonía de esta energía y entregarla al género humano, es Beethoven. Su nombre, símbolo del creador que reúne y concentra su potencia expresiva, así como del artista que sin tregua busca el abso-

luto, ejemplifica también al rebelde que se subleva contra los valladares impuestos por una clase dominante, ya que en medio de las cortes feudales de Alemania cantó, con arrogante euforia, la grandeza de la Revolución Francesa (hay momentos en que sus conciertos y sonatas parecen inspiradas por las victorias de Jena, Marengo o Austerlitz, o bien en el girar impetuoso de los astros, anunciándonos el advenimiento de un profeta que acumula las nubes bronceadas para fundir con ellas la trompeta que pregone el triunfo final de la alegría sobre el vigor de la muerte). Junto a Mozart y Bach, Wagner y Brahms, Beethoven integra el sistema de estrellas de primera magnitud en la música. Pero si para los melómanos estos nombres pueden ser tan altos como el suyo, ninguno lo iguala en universalidad y concentrada ambición; advirtiéndolo que si existe un argumento donde se hace inobjetable la jerarquía del espíritu alemán, es en la música, ya que cualquiera de los creadores que hemos citado al lado del Tempestuoso, bastarían para inclinar la balanza en favor de este país, donde poetas y pensadores, filósofos y músicos, han encontrado magnitud ciclópea. Enamorado del heroísmo como Esquilo, Beethoven es la imagen de la fuerza que se embriaga en la bonanza marina sembrada de fosforescencias, al igual que con los poderes de la pasión manifestándose en la tempestad.

Herederó de la capacidad de síntesis e investigación de los

D O C E A R Q U E T I P O S D E L A H U M A N I D A D

enciclopedistas, un hombre se encierra por años en la Biblioteca de Londres para diagnosticar y predecir, en sus cauces esenciales, la enfermedad y muerte de un sistema social. Él suma y precisa las experiencias de otros investigadores, sobrepasándolas por el ensamble que realiza entre la filosofía materialista y las leyes económicas que estudia. Así, su poder lo centra en la unidad de la filosofía hegeliana (puesta de pie) y la mecánica de la lucha de clases y la plusvalía. Este creador, que en vida habría de combatir —con igual intensidad que Lutero contra Swinglio—, a sus hermanos de ideales que carecían del vigor y la perspectiva de su pensamiento, traza los caminos de la historia futura y el cuadro de agonía del capitalismo. Ahora bien, al rebasar su doctrina el primer siglo de vida, encontramos que la mitad de la población terrestre —aún bajo la férrea sombra que proyectan desviaciones imprevistas por él, las que se necesitarán de la catarsis

estudiada por León Trotsky—, ha cumplido parte de la revolución por él profetizada, influyendo además su pensamiento inclusive en las corrientes antípodas, así como en el mundo capitalista, al otorgar éste, ante los ascensos de la marea revolucionaria, concesiones que tienden a prolongar la existencia de la propiedad privada. Pero lo que hace crecer ante nuestros ojos la figura de **Carlos Marx** no es la encendida polémica que sociólogos y economistas, pensadores y filósofos sostienen en favor o contra de su doctrina desde hace un siglo; su grandeza tiene como pedestal su deseo de mejorar, al liquidar la enajenación, a la especie humana. Es decir, su pensamiento elaboró el principio del método que hará estallar a la infrahistoria en que han vivido las clases explotadas, abriéndose paso hacia el estadio del futuro: la pasión por la libertad y el humanismo revolucionario que lo impulsaron, integran su escultura.

No es posible acercarse al sol

sin sentir la quemadura de la luz, hija del fuego. Durante siglos, el Mediterráneo ha sido epicentro y eje del sol, templándose su luz bajo las hojas del olivo y los racimos de la vid. Dos corrientes han dilatado las ondas de la luz, nutriendo el pensamiento del hombre. Héroe y poetas hacen que la faz de Grecia sea aurora eterna y pupila de Dios el mar de la Odisea. Salmos y versículos son advertidos en la vigilia y el insomnio, semejando su densidad el humo y los carbones encendidos de la palabra de Dios, la tralla que escucharon los profetas. Corrientes paralelas se han encontrado en el espíritu del hombre, haciendo de su corazón nido de interrogaciones, trenzada guerra del furor de la belleza contra la muerte y temporalidad. Dichosa colisión que se resuelve en surtidores de gracia o disparos metafísicos, renovándose siempre, Proteo en esencia, el ensamble del continente y contenido, cuya dependencia los unifica, siendo opuestos.

Mercado del Fierro, S. A.

- LAMINA Y FIERRO COMERCIAL
- PERFILES TUBULARES
- ALAMBRON
- VARILLA
- ALAMBRES

DIRECTOR GERENTE:
E. MORLA

Calzada de Tlalpan 991
COL. NIÑOS HEROES

Tels.: 19-63-12 y 19-65-11
MEXICO 13, D. F.

PIEDRAS SAGRADAS DE LOS MAYAS



Bajo el platanar, un guerrero decapitado.

Una vegetación plena de luz, formada por palmeras, plataneros, cafetos y abundantes ejemplares de otras especies, compone —junto con las montañas lejanas—, el paisaje del municipio de Tapachula. No lejos de ahí corren los ríos Coatán y Suchiate, que riegan las feraces tierras.

A quince kilómetros de la ciudad de Tapachula cultiva su pequeña parcela el campesino Fausto Pérez. Como toda la gente del sudeste, Fausto es trabajador y alegre. Gusta de la música, y las marimbas, que apenas a unos ki-

lómetros de distancia, en San Cristóbal las Casas, tienen su principal asiento, impregnan su alma de una dulce emoción.

En sus tierras, entre la vegetación, encontró Fausto Pérez unas piedras de gran tamaño, enlaminadas y deterioradas, que llamaron su atención. Estaban grabadas allí figuras claramente perceptibles. Hecho público el descubrimiento, los arqueólogos estudiaron las piezas. Y declararon que se trataba de obras de la civilización maya.

Muchos años antes del desembarco de los españoles en costas mexicanas, los mayas habitaban estos lugares, vírgenes de toda huella extraña, sitios donde la selva era la única señora... Los aborígenes dejaron allí muestras de su presencia: grandes rocas que expresaron su filosofía incipiente, su concepción del hombre y de la vida.

Entre tales piezas se encuentra una gran roca —“El árbol de la vida”, lo llamaron sus autores—, que tiene grabadas las figuras de un árbol y dos hombres que lo sostienen. Alrededor de esta representación varias imágenes figuran el comienzo de la vida.

Otra piedra, de dos metros de altura, forma la figura de un guerrero. Otra tiene grabada una águila, y otras más, diversas efigies de personajes de la mitología maya.

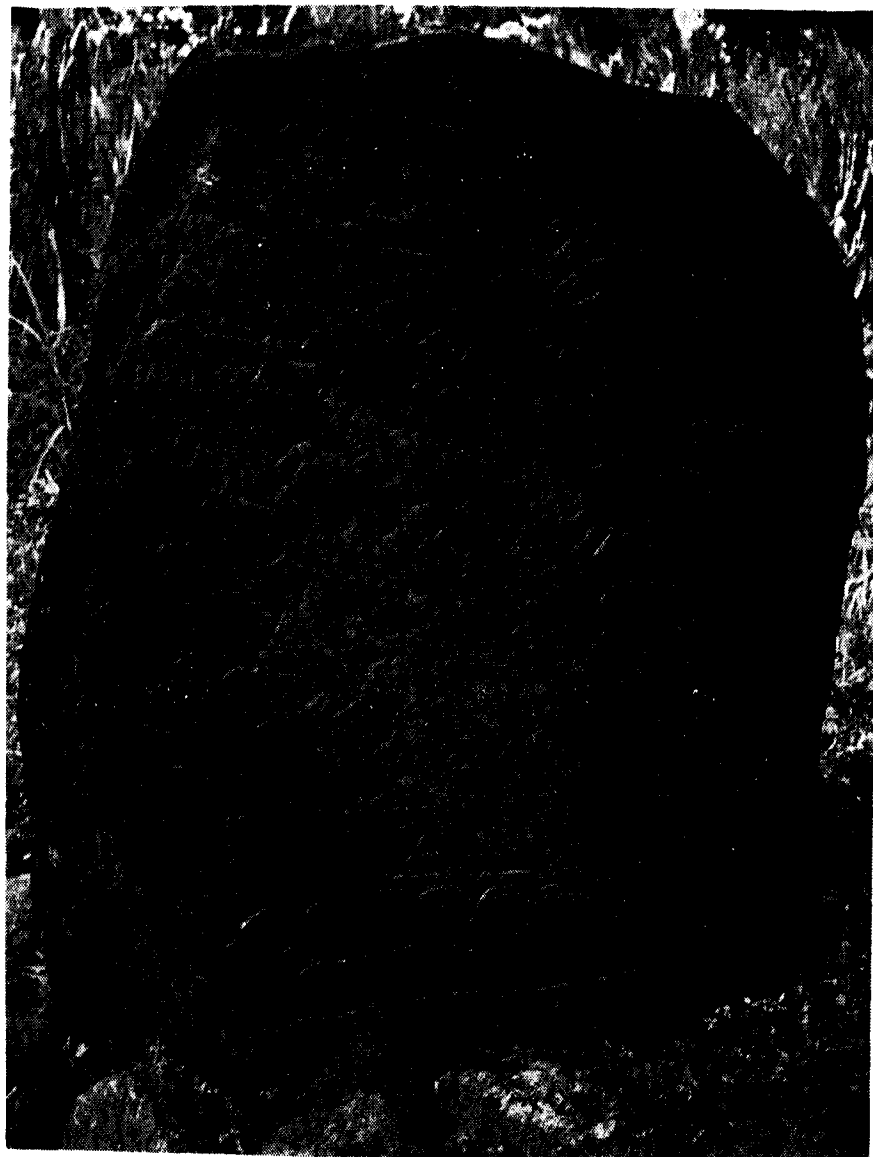
Ya los arqueólogos han descubierto la importancia de estos vestigios y han trasladado al Museo Nacional de Antropología varias piedras, entre ellas dos que representan a un guerrero decapitado y a la Muerte.

El descubrimiento y el traslado de las piedras causó —era casi inevitable que así ocurriera—, desazón entre los habitantes de la comarca. Y surgieron las conjeturas:

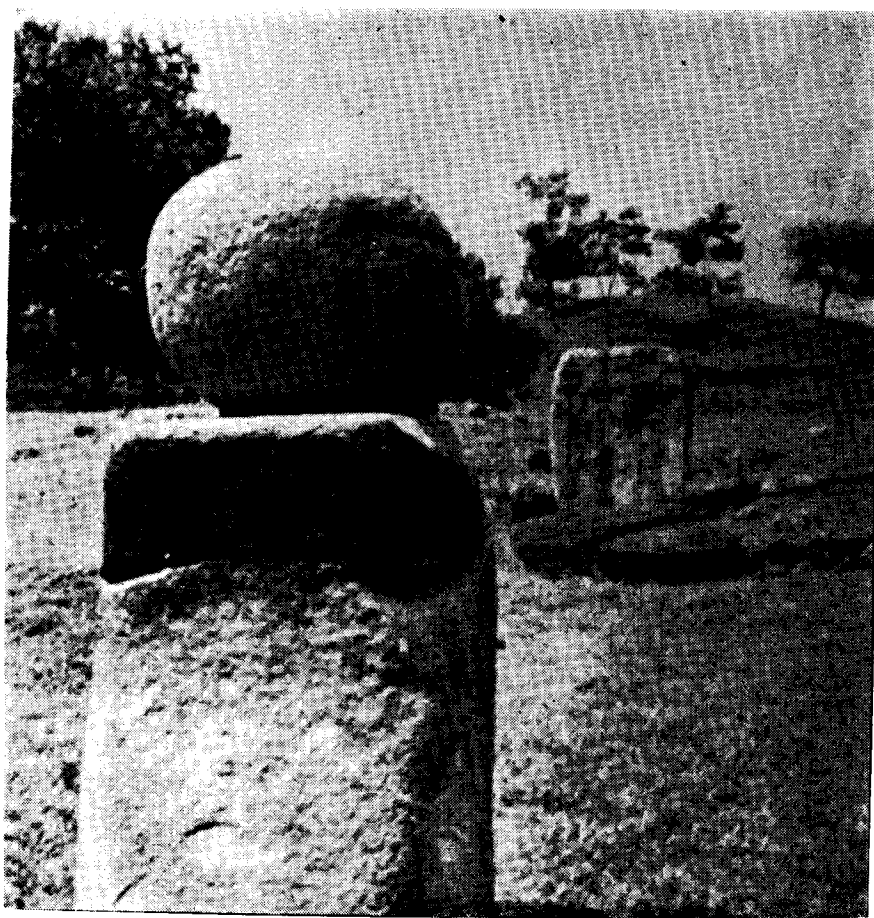
Según una de ellas, dos dibujantes murieron al pretender reproducir los signos grabados en la piedra evocadora de la Muerte. Un extraño accidente los privó de la vida...



Monolitos, como símbolos de los guerreros.



El Árbol de la Vida.



Rastros de los mayas en la campiña.



por Emilio OBREGON

¿HEMOS perdido la escala de valores? ¿Es que en México se hace indispensable la edición de un "Quién es Quién" para guía de despistados?

Muy plausible resulta el hecho de que en el Nuevo Bosque de Chapultepec se dedique una de las calzadas a los compositores mexicanos y en ella se coloquen como adornos, esculturas de los más distinguidos músicos que ha dado nuestro país. Más encomiable sería que otros de los deambulatorios del nuevo parque y paseo se destinaran a rendir homenaje a mexicanos que se distinguieron en otras disciplinas artísticas y culturales. México no es país que se signifique por destacar, nacional o internacionalmente, las figuras y obras de sus hombres valiosos en los campos del arte, la ciencia, el pensamiento y la cultura. Así como al héroe militar y al político se les ensalza, encumbra y promueve, en ocasiones hasta el exceso; al artista, al científico y al pensador se les relega en el más polvoriento de los olvidos. La realidad y el prestigio de México lo han forjado todos sus hombres y no únicamente aquellos militares y políticos cuyas efigies y nombres enarbolan quienes están en uso del poder.

Nuestro país ha producido muy ilustres figuras en las artes y la cultura que son desconocidos de propios y extraños y todo intento que se haga por reivin-



GLORIFICACION de la SUBCULTURA

Glorificación de la subcultura

dicar sus nombres y llevarlos a la gloria merece todo elogio.

Ideal sería que la editorial oficial, semioficial, descentralizada, de participación estatal o cual sea su funcionamiento, publicara las mejores obras de los escritores nacionales más distinguidos en traducciones a los idiomas más hablados en el mundo y los distribuyera a precios de promoción a las bibliotecas públicas del extranjero; que se fomentara la venta a museos y galerías de arte de la obra pictórica y escultórica de los artistas mexicanos fuera del país; que el Estado patrocinara giras internacionales de una orquesta sinfónica, cuyo repertorio estuviera integrado por composiciones de autores nacionales; que una compañía de teatro que pusiera en los escenarios extranjeros la producción dramática mexicana y de un grupo de ballet que presentara la auténtica danza de nuestro país; que se organizaran exposiciones viajeras con la pintura, escultura, arquitectura y grabado nacio-

nales que continuamente se exhibieran en el país y fuera de él; que se hicieran públicas las aportaciones del pensamiento y la ciencia mexicanos al acervo del conocimiento universal. Todo ello representaría un real reconocimiento a los pensadores, artistas y hombres de ciencia de México con los que el país hace mucho tiempo está en deuda.

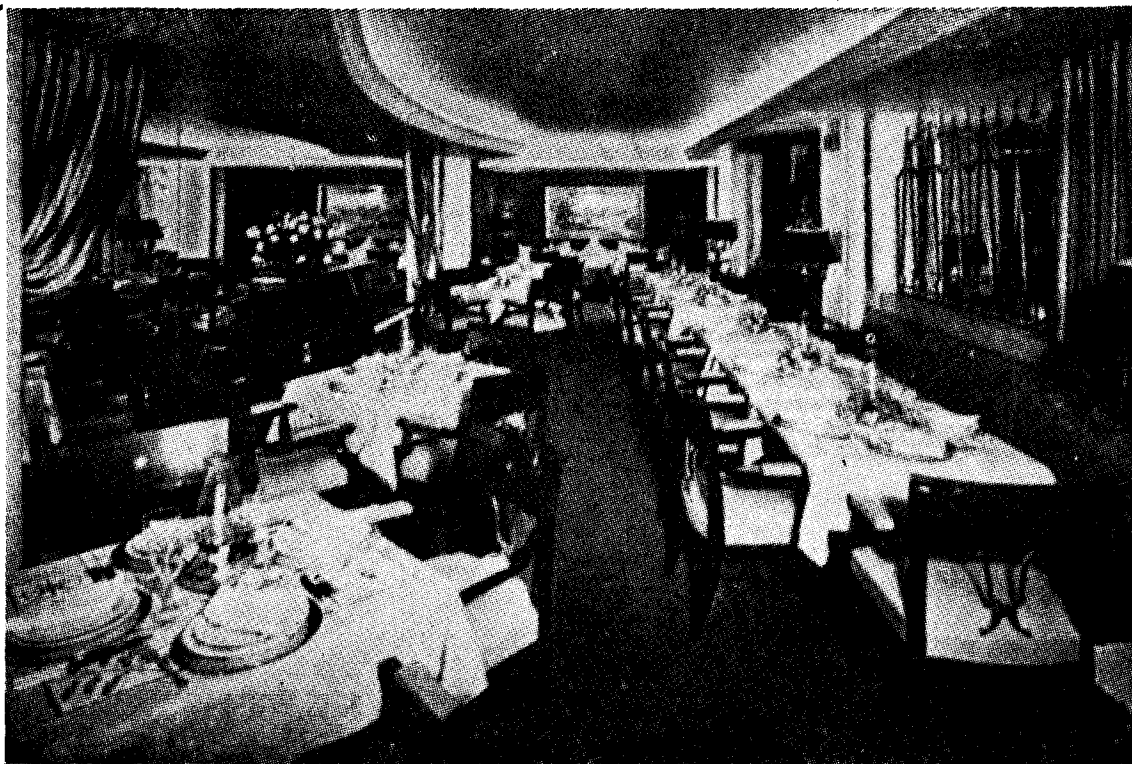
Dedicar una calzada del Nuevo Bosque de Chapultepec a los compositores e inaugurarla develando un busto de Gonzalo Cu-riel es una grave ofensa a la memoria de Silvestre Revueltas, Manuel M. Ponce y otros distinguidos músicos. Seguramente, el siguiente busto que será descubierto en ella será el de María Greever.

Si los compositores han merecido la dedicación de una calzada en el nuevo parque, debe esperarse que en lo futuro se dediquen otras, a artistas de otras disciplinas. Así, veremos que una Calzada de los Poetas será inaugurada con una escultura de

Margarito Ledezma, con olvido total de Ramón López Velarde, Xavier Villaurrutia y la pléyade de los poetas nacionales; que una Calzada de los Escultores luzca un monumento al ceriescultor Luis Hidalgo, antes que uno a Ignacio Asúnsolo y a otros artistas del cincel; que una Calzada de los Cantantes será abierta con busto de Luis G. Roldán, mientras Angela Peralta y otras distinguidas voces esperan en la banca; que una Calzada de los Novelistas sea inaugurada con una escultura de Caridad Bravo Adams y ninguna de Manuel Payno; que en una Calzada de los Científicos la figura de Guillermo González Camarena lucirá sin consideración a la memoria de Andrés Manuel del Río; y que en una Calzada de los Pintores se descubrirá el busto de Sherwin Williams, mientras José Clemente Orozco y Diego Rivera se revuelcan de la risa en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Estamos en plena glorificación de la subcultura.

R
e
s
t
a
u
r
a
n
t
e
J
E
N
A



CITA DE DISTINCION Y ELEGANCIA

AV. MORELOS Y PASEO DE LA REFORMA

Teléfonos: 35-37-93 y 35-73-94

MEXICO 1, D. F.

La batalla del Monte de las Cruces



por Roberto LAMBARRI

Presidente de la "Agrupación Cívica Ignacio Allende".

La fulgurante campaña de los insurgentes, que se inició en el pueblecillo o congregación de Nuestra Señora de los Dolores, de la Intendencia, hoy Estado de Guanajuato, el día 16 de septiembre de 1810, tan sólo con 15 hombres, como el mismo Padre Hidalgo lo manifiesta en la carta que dirigió al Intendente don Juan Antonio Riaño desde Celaya, el día 21 de septiembre del mismo año, intimándole la rendición de la plaza, fuerte de Santa Fe, de Guanajuato, tuvo su culminación y prácticamente su fin con esta célebre y discutida acción de armas.

Después, y con excepción del encuentro que tuvo don Ignacio Allende en el Puerto del Carnero

con el brigadier Cordero, en el que logró aquel insigne y amertado caudillo un triunfo completo, sobre su adversario, al que hizo prisionero, vinieron las tremendas derrotas de San Jerónimo Aculco y Puente de Calderón que marcaron el ocaso de aquel movimiento. Pero volviendo a la batalla del Monte de las Cruces, tomemos someramente el giro de los acontecimientos desde Dolores, en donde el señor Hidalgo, enterado primero por Allende y confirmado a las pocas horas por Aldama, de lo ocurrido en Querétaro, estos tres resolvieron la noche del 15 de septiembre iniciar la lucha por nuestra independencia.

Después, su entrada triunfal,

sin resistencia en la Villa de San Miguel el Grande que había sido el centro de una de las más nutridas y decididas conspiraciones. Aquí se establece el primer Ayuntamiento libre, con don Ignacio Aldama como Presidente; se forma una maestranza para fabricación de armas; se empieza la organización del ejército, etc.

Se sigue a Celaya, en donde los señores Hidalgo, Allende y Aldama, son designados Capitán General y Tenientes Generales respectivamente. Enseguida, la toma sangrienta del Castillo de Granaditas. En posesión de esta importante plaza se toman medidas, tanto de carácter civil como militar, dando, naturalmente, a este último aspecto, la mayor pre-



El Generalísimo don Miguel Hidalgo y Costilla y Gallaga.

ferencia, pues que ya el número de 50,000 hombres representaba serios problemas de organización, mantenimiento y dirección. Así pues, era de urgencia máxima determinar el objetivo militar inmediato que perseguir; y como el señor Hidalgo quisiera asegurarse de cómo andaban las cosas en San Luis Potosí, determinó dirigirse hacia allá, pasando primero por su amado Dolores. Al llegar a su vieja casa, hoy relicario de la patria, pronunció estas proféticas palabras: "Salve, oh pueblo humilde y venturoso. Los hombres venideros te buscarán para saludarte".

Como en Dolores recibiera don Miguel una comunicación de los comprometidos en San Luis que le sugerían la marcha inmediata sobre la capital del virreinato y en que éstos avizoraban el peligro de los movimientos que ya efectuaban Calleja y Flon para atacar a dos flancos a los insurgentes, el señor Hidalgo regresó rápidamente a Guanajuato, en donde había quedado el ejército al mando de Allende.

De inmediato se dieron providencias. Se mandó que la tropa que había quedado en Celaya se acercara a Irapuato y que allí esperara órdenes. Se construyeron cañones de a 4, de madera, con cinchos de fierro. Se dio la mayor actividad al movimiento en cuatro días. Al quinto día, inició aquel ejército la marcha a cuya vanguardia iba el mariscal don Mariano Jiménez, tomando

la dirección de Salvatierra, Valle de Santiago y Acámbaro, hasta llegar a Valladolid (hoy Morelia), en donde fue recibido con grandes aclamaciones de indios, criollos y hasta eclesiásticos. El 24 de octubre se convocó en Acámbaro a un consejo para hacer diversas promociones; se celebró una función de iglesia y se cantó un Tedéum.

Después de estas ceremonias se pasó revista, de la que resultaron 80 cuerpos de a mil hombres. Hasta este día se presentó Hidalgo con el uniforme de Generalísimo que constaba de casaca azul oscuro, solapa de color medio morado, bordada de oro y plata y llevando al cuello la medalla de la Virgen de Guadalupe. Las banderas, eran blancas y azules, como los estandartes de los antiguos emperadores aztecas. Arreglado así el ejército, emprendió su marcha por Maravatío, Tepetongo, Jordana e Ixtlahuaca; entrando en Toluca, el 27, que dista de México solamente 12 leguas —aproximadamente 50 kilómetros.

Los independientes cruzaron el río de Atenco, y Torcuato Trujillo se fortificó en el Monte de las Cruces. La posición de Trujillo era bastante ventajosa, pues, estando en el punto más elevado, dominaba perfectamente a los insurgentes, quienes, colocados en lo estrecho del camino, no podían extenderse por los costados. Los insurgentes se encontraban enardecidos y deseosos de entrar en combate porque Trujillo había aceptado recibir a los emisarios de Hidalgo, proponiéndole parlamentar y luego que los tuvo en su poder los mandó asesinar.

Los primeros en recibir los fuegos de los realistas fueron los regimientos de Valladolid, Celaya y parte de los de Guanajuato, otros de mineros y de indios honderos. Al acercarse el grueso del ejército y de algunas guerrillas que se habían adherido al movimiento, por el rumbo de Santiago Tianguistengo, se advirtió que había emboscados algunos grupos de dragones del Regimiento de Nueva España; se procedió a perseguirlos con tesón hasta dispersar a unos y haciendo prisioneros a otros. Por éstos se supo cuáles eran las posiciones de Trujillo. La batalla había dado principio y la artillería rea-



Teniente General Ignacio Allende.

lista no dejaba de hacer estragos en las filas de sus enemigos; pero el daño más grande lo sufrían los insurgentes, de parte de la infantería realista que se encontraba perfectamente equipada y parapetada.

El ardor de los atacantes se veía en parte detenido por la ventaja de los realistas y empezaba a aparecer el desaliento entre los independientes; y aquí surgió una vez más el arrojo, la pericia y el ánimo, siempre dispuesto a todo de don Ignacio Allende, quien observaba los regimientos de mineros y honderos que mostraban más valor, aunque sin más armas que sus tranchetes, lanzas, garrotes y hondas. Allende calmó un poco su excitación y les ordenó que entretuvieran al enemigo en tanto, él, ejecutaba una operación de importancia. "Señor —le decían—, no se vaya usted a exponer; su vida vale más que la de nosotros; déjenos hacer las cosas a nuestro modo".

Allende reiteró su propósito y dio las órdenes del caso. Mandó subir a mano un cañón de a 4 por un peñasco, bastante elevado; el enemigo, que sufría el ataque ordenado por Allende no se dio cuenta de la maniobra; se armó aquel cañón y se le puso el parque necesario; se le dotó de sus artilleros a más de 90 infantes para protegerlo. Allende dejó las órdenes y señas correspondientes y bajó a ponerse al frente de los regimientos que lo esperaban con ansia.

En esta operación que había durado algún tiempo, la infantería insurgente estaba sufriendo el consiguiente destrozo. Llegó el momento en que se diera la orden para que rompiera el fuego el cañón de la montaña y a los de a pie, la voz de: "Adentro, mexicanos, a los cañones enemigos". No se necesitó más, porque aquellos hombres se desprendieron con la mayor rapidez, haciendo uso desesperado de sus armas, de suerte que Trujillo, sorprendido por el inesperado fuego del cañón y del empuje de los de a pie se atarantó y cuando quiso reponerse de la sorpresa era porque la avalancha de patriotas estaba ya sobre sus cañones, impidiendo que fueran disparados.

La infantería realista se batía en retirada y al fin abandonó el campo, dejando 400 muertos, mulas y caballos. A don Ignacio Allende le mataron dos caballos, lo que prueba el valor inaudito de este hombre, que, indiscutiblemente, fue el brazo fuerte de las batallas. El ejército independiente perdió cerca de 900 hombres. Los heridos se colocaron en las fábricas de aguardiente, situadas en el camino. Esta batalla que duró de las diez de la ma-

ñana a las cuatro de la tarde, tuvo lugar el día 2 de noviembre de 1810, aunque en este sentido, hay una pequeña discrepancia entre lo que asienta don Pedro García, testigo presencial de los acontecimientos, y la fecha del 30 de octubre, que aparece en el Diccionario de Geografía, Historia y Biografías Mexicanas.

A continuación, se ordenó el avance hasta Cuajimalpa, desde donde se mandó una comunicación al Virrey don Francisco Javier Venegas, en los mismos términos de la que se dirigió al Intendente Riaño, de Guanajuato.

Los comisionados para hacer la entrega fueron los generales Jiménez y Abasolo y los coroneles don Mariano Montemayor y el "Güero" de Cimpeo. El resultado fue el mismo que en Guanajuato, pues el Virrey no contestó ni dio a conocer a nadie su contenido. Hubo junta de generales y mientras Allende, pugnaba por que se avanzara sobre México y se atacara resueltamente (como en Guanajuato), Hidalgo y otros optaron por la retirada.

Por este motivo es que, como se dijo al principio, esta batalla ha sido muy discutida, ya que



Don Juan Aldama.

todas las probabilidades auguraban la caída de la capital, con los consecuentes resultados en favor de la insurgencia y su lógico avance hacia el sur que se le dio desde un principio.

A poco, el ejército insurgente se vio atacado y destrozado, como también ya se hizo notar, y, después de una marcha contradictoria y por demás preñada de inconvenientes y peligros, tuvo su fin en las norias de Baján.

Fábricas BARRERA

DISTRIBUIDORES EN EL D. F.

Mueblería Olimpia
Artículo 123 N° 46
Tel. 18-37-59

Colchonería Ruiz
Puebla y Monterrey
Col. Roma

Av. Universidad N° 936-G-1
(Aurrerá Universidad)
Tel. 34-53-59

Av. Cuauhtémoc N° 787 "A"
Col. Narvarte
Tel. 43-27-33

Sonora N° 32
Col. Roma

Av. M. Avila Camacho N° 491-L-4
(Aurrerá Lomas)

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

MONTERREY — GUADALAJARA — MEXICO

COLCHONES FINOS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS DE

HOLLAND, MICHIGAN, U. S. A.



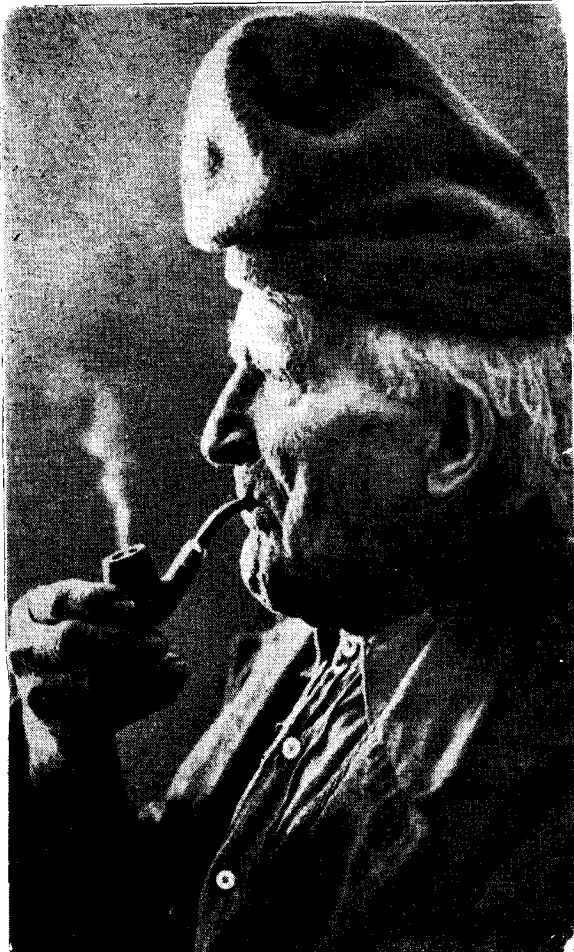
Real del Monte 13

Col. Valle Gómez

Teléfonos: 17-66-19 y 17-67-38

MEXICO 2, D. F.

El cuento de la buena pipa



por Antonio ESPINA

A todos nos han entretenido y divertido las personas mayores cuando éramos niños, con este juego verbal, universalmente conocido, de remoto y anónimo origen, llamado el "Cuento de la buena pipa".

De mayores la hemos transmitido nosotros a otros niños y en nuestras conversaciones corrientes de personas formales lo sacamos a relucir con frecuencia y no para contárnoslo unos a otros, porque esto será impropio de nuestros años y nuestra respetabilidad y además porque en general ya no está nadie para cuentos, sino para referirnos, no pocas veces con amargura, a algún engaño reiterado, a algunas de esas cosas que siempre se prometen y nunca se cumplen.

El "Cuento de la buena pipa" es al parecer un diálogo inocente, trivial y jocoso; un simple pasatiempo infantil. Sin embargo, no es así. Al menos no lo es si paramos en él nuestra atención ("paramos mientes" que diría un clasicista). Porque si paramos en eso en el cuento, veremos enseguida que se le puede dar un sentido distinto al superficial; una interpretación profunda y hasta filosófica y esotérica.

Esto ocurre con muchos de los modismos, cuentos breves, adagios, retruécanos y frases hechas que corren con abundancia por el gran caudal del lenguaje popular. Nadan en la corriente del habla, sueltos y alegres, sin pretensiones de trascendencia hasta que de improviso, un día, cualquiera, la adquieren. El anzuelo del divagador dado a la pesca (el ocioso de la caña y el cebo) las ha prendido.

Puede verse entonces cómo bajo la máscara de su ligera apariencia oculta aquella bagatela un concepto importante, un resplandor de sabiduría. El "Cuento de la buena pipa" pertenece indudablemente a esta clase de juegos de palabras en los que hay más que palabras. En los que hay el camelo fino y dentro de éste una idea interesante.

Recordemos el sencillo interrogatorio que constituye por sí mismo y por entero el famoso diálogo: "¿Quieres que te cuente el cuento de la buena pipa?" pregunta afable, a la par que ladino, el interrogador. "Sí" responde con ingenua curiosidad el interrogado. "Yo no te digo que digas sí; lo que te digo es que si quieres que te cuente el cuento de la buena pipa". "Ya te he dicho que sí quiero" replica el interlocutor, confirmando su deseo. "Yo no te digo que digas ya te he dicho que sí quiero; lo que te digo es que si quieres que te cuente el

El cuento de la buena pipa

cuento de la buena pipa". "¡Y dale! Te estoy diciendo que sí quiero que me lo cuentes", aclara el que contesta, ya un poco mosca y enojado. "Yo no te digo que digas ¡y dale; te estoy diciendo que sí quiero que me lo cuentes, lo que te digo es que si quieres que te cuente el cuento de la buena pipa"... Etc., etc.

A primera vista parece que el que pregunta solamente trata de burlarse y de escamotear de una manera abusiva y descarada el deseo del que responde, puesto que éste le manifiesta, asegura y repite bien claro que quiere lo que el otro le propone.

Pero, no hay tal cosa. Lo que el requiriente descarta una y otra vez con su monótona pregunta, y de lo que no hace caso es de la afirmación verbal del otro, del requerido. No concede valor ninguno a lo que éste diga

con los labios. Para él, pues, no significa nada la palabra como vehículo y garantía de la verdad.

Se puede decir "sí" y pensar o sentir "no". O decir "no" y sentir o pensar "sí". Lo que persigue rigurosamente el frustrado relator del cuento es el imposible de saber de cierto lo que "quiere" de veras la persona a que se dirige. Pero sin mediación alguna para lograrlo de la palabra hablada o escrita, cuya veracidad es siempre dudosa y con esto basta —con que sea dudosa—, para que el escrupuloso o preguntón la rechace sistemáticamente. Por algo se dijo aquello, atribuido por unos a Buffon y por otros a Tayllerand, de que la palabra le ha sido concedida al hombre para ocultar sus pensamientos.

Aspira el hombre de nuestro cuento, cuento del cuento de la buena pipa, a conocer la verdad desnuda. La verdad integra, el

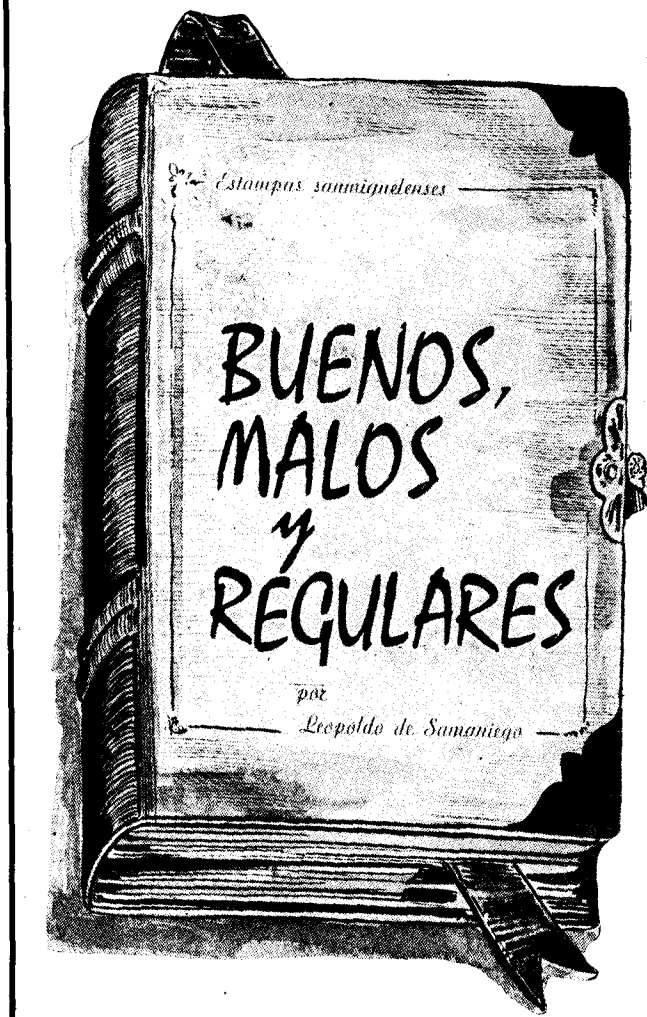
lacaloide de la verdad. Esa verdad la más íntima de nuestro cerebro o, de nuestro corazón siempre muda e inaccesible para los demás, e indescifrables veces incluso para nosotros mismos.

El interrogador del célebre diálogo es un idealista. Nunca fatigado de su pesquisa inútil no comprende —y esta es la moraleja a que puede extraerse del cuento—, que el yo de cada hombre permanece y permanecerá siempre incomunicado y hermético para los demás hombres. Lo cual no impide que todos nos obstinemos con ridículo afán en la misma lucha, en el cruel forcejeo por alcanzar la que jamás se logra el entendimiento fraterno y la paz interior. Ilusiones vanas y fracasos ciertos que van formando a lo largo de nuestra vida esa cadena interminable que es el cuento de nunca acabar. El eterno cuento de la buena pipa.

JABONES FINOS, S. A.

Tel. 25-35-48
22-35-49

Av. Ferrocarril No. 100
México 9. D. F.



Presentamos por primera vez en los anales de esta revista, las inéditas páginas de un libro.

Trátase en esta ocasión del pintoresco escritor don Leopoldo de Samaniego, que nos describe con su estilo muy peculiar —el cual siempre lo ha caracterizado, y en donde no falta el chispazo fino e ingenioso cargado de sutil humorismo, pues siempre lo tiene a punta de pluma, listo a caer—, a la provincia del México de ayer, con bellas pinceladas de recuerdo, añoranzas del pasado romántico y a la vez turbulento que ya no volverá. Por eso, NORTE recoge con satisfacción y presenta como un privilegio a sus lectores, estas amenas líneas en las que aunque ya muy gastada la frase, no por ello deja de ser siempre de actualidad: “Todo tiempo pasado fue mejor”.

I

A mí me toca el apellido Malo por mi bisabuela materna que lo llevaba; de bueno tengo poco o casi nada y, por lo tanto, me quedo entre los regulares, aunque así parezca cosa de risa, hubo en mi tierra gentes de apellido Bueno y Malo, como ya contaré más adelante.

Los Malo de mi raza y todos los malos que en el mundo han sido, según lo cuenta “Ranilla”, cronicón viviente de la familia, tienen sangre andaluz y son por ende, dicharacheros y simpáticos, si bien, conserven la apatía de todos los oriundos de las tierras que riega el Guadalquivir.

Mi bisabuela fue menudita, de cutis terso, como de porcelana de Sajonia, ojos de un azul que ya no se usa y pelo totalmente blanco.

Aunque no era la mayor de su familia, ejercía sobre sus hermanos, hijos y nietos, un patriarcado indiscutible. Su casa era el centro de reunión de cuantos llevaban su apellido directa o indirectamente. Ella presidía la tertulia en su recámara, de la que

salía pocas veces, sentada a la vera de su cama en una silla bajita, de asiento de tule, de aquellas que se llamaron de “pera y manzana” y llevaba la batuta de la conversación.

—Cuando el señor obispo —aludía a don José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos, primer obispo de León y nativo de San Miguel—, vino a pedirme a Pancho...

—¿Cómo, mamá grande, pues qué se quería ir de fraile?

—No, quería casarse y yo me oponía a que lo hiciera.

Y, en efecto, el ilustrísimo y reverendísimo señor, que además de obispo fue Conde de Casa Loja y que puebla la leyenda samanieguense con las flores de lis de su escudo nobiliario, su sapiencia, su santidad y la gran amatista de su anillo episcopal, había ido a pedir la mano de mi tío Pancho, como si se tratara de la de una doncella, ante las negativas de mi bisabuela para que contrajera matrimonio. Ella sabía por qué.

A la buena señora no le quedó otra cosa que darlo, como había ido dando a sus hijas y des-

pués a sus nietas que al quedar en la orfandad vivieron bajo su amparo. Las dio, claro está, sin necesidad de intervenciones episcopales.

—Marianita —le dijo una vez uno de sus abogados, que resultó ser el abogado del diablo—, como no he echado jamás una mancha sobre mi familia...

—No, claro, una mancha no —contestó la viejecita—, nada más le echó todo el tintero.

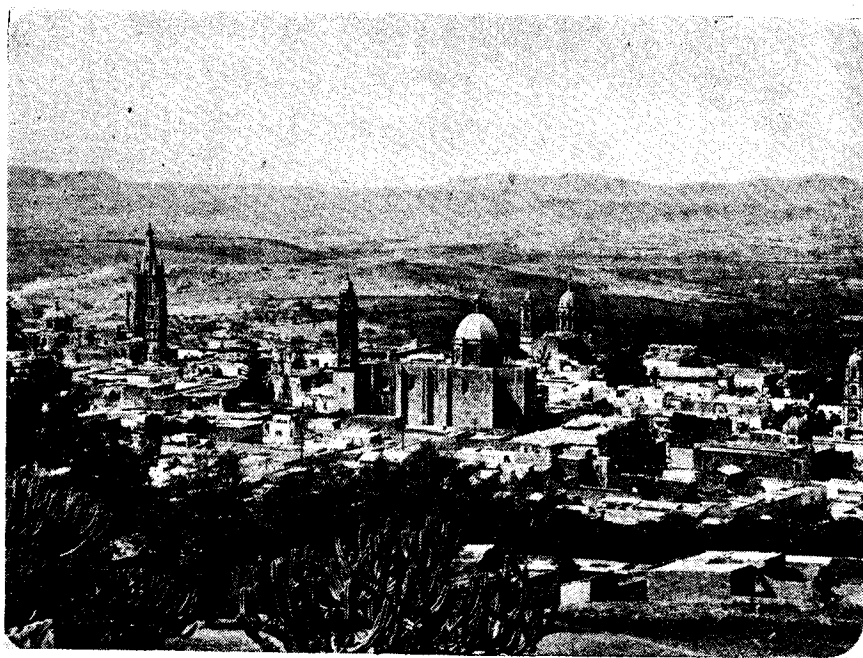
Así era ella: llena de ocurrencias graciosas, simpática, bondadosa, aun cuando intransigente en muchas cosas.

Vio llegar el final de sus días, ella que había sido muy rica, sino en la miseria, sí en una penuria decorosa. No se doblegó jamás, ni nunca pidió nada a nadie. Aceptaba lo que sus hijas, nietas y yernos le daban en forma disimulada para no ofenderla.

Pasó de esta vida terrenal a la eterna, a los ochenta y tantos años de su edad, viendo pasar a las gentes tras de los cristales de su ventana, diciendo gracejos y rezando triduos y novenas.

Yo fui su primer bisnieto va-

*Este es el lugar
en donde
se desarrollan
las peripecias de los
Buenos,
Malos
y Regulares.*



rón y ello me otorgaba fueros y privilegios, tales como jugar con sus pisapapeles antiguos, que dejé hechos una lástima; destapar los frascos de sus esencias y recibir, al despedirme, siempre que la iba a visitar, un décimo de plata, nuevecito, que ella guardaba con otras monedas menudas en un pequeño talego de ixtle, de los llamados "shitás", para obsequiar a la chiquillería y socorrer a sus pobres.

Mis tías y mis primas me tenían celos y en vez de décimos me regalaban de vez en cuando con un coscorrón o con un tafite, cuando les parecía que no obraba tal como debiera.

II

LA enfermedad que me dejó claudicante para toda la vida —siempre me chocó la palabra cojo—, se manifestó cuando apenas si contaba yo unos cinco años de edad. Trataron de curarme todos los médicos del pueblo, en cuenta el doctor don Ignacio Hernández Macías, que fue quien me trajo al mundo con la colaboración de la única comadrona del

pueblo y que respondía al profético nombre de Cesárea.

Me llevaron a Querétaro; luego a la capital de la República; se gastaron muy buenos pesos "de aquellos" en médicos y medicinas y todo resultó inútil. ¡Ya estaba de Dios que me quedara rengó para siempre!

Ante el fracaso de los galeños, coludidos con los boticarios para sanarme, se recurrió al Hermano Marcos, quien, amén de ser capitán de todos los danzantes que año con año bailan en el atrio de la parroquia, el 29 de septiembre, para honrar al santo tutelar y titular de mi tierra, era un afamado curandero.

Vino, pues a mi casa, el legendario Marcos y comenzó a sobarme la pierna enferma con una untura negra, cuyo olor tengo todavía en las narices a pesar de los muchos años transcurridos de entonces acá, y lo único que logró fue que tomara como enemigo perpetuo a los danzantes.

Marcos, tenía la tez de subido color oscuro, era granujiento y mal encarado y se presentaba a sobarme, ataviado con el clásico indumento de los de su casta,

indumento que ha variado poco hasta nuestros días: haldillas rojas, camisa verde, gran penacho de plumas multicolores, sujeto a la greñuda testa con un cerquillo de pequeños espejos y llevando en bandolera la clásica vihuela hecha de conchas de armadillo. Para mí, era Marcos, la encarnación del Enemigo Malo, como llamaban al Diablo las criadas de mi casa y las viejecitas chocolateras que nos visitaban.

Y también el Hermano Marcos tuvo que darse por vencido.

Ante tanto fracaso, mi bisabuela tomó las cosas por su cuenta y un buen día, ella, con el inseguro paso de sus muchos años y yo con el mío de cojo en potencia, nos dirigimos al Templo de la Salud, en el que se venera la imagen de San Gonzalo de Amarante.

—Ya verás, ya verás, m'hijito, como ahora sí sanas —me decía la viejecita, mientras íbamos camino al templo.

Una vez dentro del recinto sagrado, me tomó de las manos y frente a la efigie de San Gonzalo comenzamos a bailar algo que

debe haber sido un minué caricaturesco, mientras ella cantaba una tonadilla cuyo son me ha hecho olvidar el tiempo:

**"San Gonzalo de Amarante,
tú que pasastes el mar,
préstame tu puentecito
para que pueda pasar..."**

—Canta, canta, mi cielo...

Y yo también canté; pero ¡ni por esas!

Años después y ya siendo mozo, oí la misma tonadilla y los mismos versitos cantados por un compañero de póker, que pedía a San Gonzalo le permitiera pasar con ventaja en las manos del juego. Sin duda no lo escuchó el santo, porque no había bailado ante su imagen y perdió. Yo, que sí había bailado, gané como quinientos pesos.

III

BUENO... hablemos algo más de los Malo.

Fueron, los de la rama de mi bisabuela, Malo y Herrera, grandes devotos de San Miguel Arcángel, "tutelarís, titularís" de la ciudad que lleva su nombre. En cada una de sus casas tenían una

imagen del Príncipe de la Milicia Celestial esculpida por famosos imagineros; el 29 de septiembre era gran día para ellos y bautizaban a sus hijos con su nombre.

Miguel se llamó el hijo mayor de la familia y era llamado "mi tío grande"; el que le siguió en turno se llamó, también, Miguel y se le llamaba "Miguel de en medio"; un hermano menor llevó el mismo nombre y se le conocía como a "mi tío chico" y Migueles hubieran sido todos los varones, si hubiera habido más. No sucedió así y hubo después de ellos toda una teoría de mujeres. Entonces, y para que la cosa no cerrara en falso, una de ellas se llamó Micaela.

Era la tía Quela y la tía Quela se quedó solterona, se le avinagró el carácter y constantemente daba pescozones a sus sobrinas por "quítame allá esas pajas".

Tenían los Malo Herrera, en propiedad, desde hacía muchos años, la famosa hacienda de Puerto de Nieto. Mi bisabuela fue a pagarla a México, cuando la compraron, llevando buenas talegas de pesos en un quitrín y un valor que hay que admirar,

pues los tiempos eran calamitosos, los vehículos incómodos y el riesgo de desvalijamiento por los caminos, latente.

En la Cuesta China, a la salida de Querétaro, operaba "La Carambada", famosa capitana de ladrones de pelo en pecho que al grito de "¡Azorrillense!" dejaba sin blanca a los viajeros.

Por largos años fue Puerto de Nieto sostén y ornato de los Malo Herrera. Era, quizás, la hacienda más grande de la jurisdicción de San Miguel; sus tierras eran de "pan llevar" y sus cosechas opimas.

La administraba mi tío Pachito, que lo era, también de los múltiples Migueles y a cuyo nombre estaba escriturada la finca. Un día se le ocurrió morir de "cólico miserere", que era de lo que entonces se moría la gente, como hoy se muere de cáncer y al morir se armó la de Dios es Cristo.

Nunca se preocupó el buen señor de hacer testamento, ni a sus deudos tener sus papeles en regla.

Morirse el tío Pachito e iniciarse un pleito por Puerto de Nieto entre los Malo Herrera y

AGENTES ADUANALES

Villasana y Cía., S. A.

DIRECTOR GENERAL: ALBERTO L. CABEZUT

IMPORTACION — EXPORTACION — CABOTAJE

Casa Matriz: Gante Núm. 4. Despacho 406

Teléfonos: 21-87-60 y 10-10-39

México 1, D. F.

SUCURSALES:

TAMPICO, Tamps.
Edificio Luz, Apartado 98.

VERACRUZ, Ver.
Landeros y Coss 31. Apartado 432.

MANZANILLO, Col.
Juárez 236. Apartado 79.

NUEVO LAREDO, Tamps.
Riva Palacio 002 Apartado 133.

LAREDO, Texas.
Maryland Ave. P. Box 1539

MATAMOROS, Tamps.
Calle 6a. No. 34 altos. Apartado 243.

BROWNSVILLE, Tex.
1401 S. E. Elizabeth St.

ACAPULCO, Gro.
Edificio Alvarez 1er. piso.



El Santo Patrón del pueblo, al que los danzantes, el 29 de septiembre de cada año, bailan todo el día en su honor.

los Malo Guerrero, sus primos hermanos, todo fue uno.

El pleito duró muchos años y en él intervinieron enjambres de abogados llegados a San Miguel de todos los ámbitos de la República; se gastaron miles de resmas de papel, sabrá Dios cuántos pesos en estampillas, que entonces eran necesarias para litigar, infinidad de plumas y de litros de tinta de huizache.

Los demandantes se valieron de buenos abogados sin escrúpulos; los demandados, aparte de que sus representantes resultaron venales, confiaron para ganar el pleito, más que nada, en el patrocinio de San Miguel Arcángel y en las peticiones de justicia, que escritas en pequeños pedazos de papel, le prendían en las haldillas de cada una de las imágenes que veneraban en sus respectivas casas: "Ayúdanos, Santo Príncipe, contra los sinvergüenzas de nuestros primos, que nos quieren robar la hacienda".

Sin duda el buen arcángel andaba muy ocupado dando espaldazos al Diablo, porque no pudo favorecer a sus devotos que perdieron el pleito.

Lo más curioso del caso, es que una de las descendientes de los gananciosos, mi tía doña Luz Malo y Lartundo, contrajo matrimonio con un español apellidado Bueno y así resultó que la hacienda Puerto de Nieto, que por luengos años había sido de los Malo, pasó, con el correr del tiempo, a ser propiedad de los Bueno y más tarde a manos de

los Bueno y Malo, como las lenguas finas de San Miguel llamaban a los descendientes de la pareja.

Esta rarísima combinación de apellidos, dio lugar a que Ripley hiciera figurar en su famosa serie de cartones "Aunque Usted no lo Crea", a mi primo Miguel Bueno y Malo, gastando largos mostachos y tocado con un sombrero con bolitas pendientes del ala, como suelen usarse en California.

IV

ERA cosa de rigor: apenas pasado mi cumpleaños, que es en abril, caía yo en cama, víctima, por lo menos, de una infección intestinal, como consecuencia de la celebración de mi venida al mundo, en la que mi buena madre me agasajaba "a qué quieres boca", con chiles polkos, carne de puerco en adobo, postre amarillo y, en fin, con toda la gama de la cocina nuestra que es tan sabrosa y tan irritante.

Pagaba la alcabala que la Naturaleza cobra a quienes tienen buen diente y me pasaba ocho días entre purgantes, lavativas y termómetros, aunque, contento de no ir a la escuela y confortado con las visitas de mis tías y primas.

A quien más me gustaba ver a la vera del lecho, era a mi tía Mariana, hermana de mi abuela, que era buena como el pan y llena de dichos y de ocurrencias como su madre, mi mamá grande.

Quizás fue mi tía, de todas sus hermanas, la que heredó el gracejo de la sangre andaluz que traían los Malo.

Apenas tuve uso de razón, me hizo Cocherito de Nuestro Amo, aunque mis funciones como tal, se concretaban a velar cada uno de los tres famosos Jueves del Año, que son: Jueves Santo, Corpus Christi y el Jueves de la Ascensión, pues ya la estufa o coche del Divinísimo, estaba apollillada y con una rueda de menos y el Viático iba a pie en manos del cura, presidido por un monago que tocaba la campanita consagrada y sostenía con la siniestra mano, un farol con una vela encendida, subiendo y bajando por las empinadas calles de la población.

Si llovía o hacía mucho sol, acompañaba a estos personajes un mozo provisto de un enorme paraguas, que, para el caso, ha-

bía regalado a la parroquia don Braulio Zavala, administrador principal de Rentas del Estado, puesto que desempeñó durante todo el tiempo del general Díaz.

Pero, volvamos a mi tía: llegaba ella a mi casa por el filo de las ocho y media de la noche o sea a las "ocho chiquitas", como se conocía en San Miguel el toque de ánimas que doblaban las campanas de la Santa Casa de Loreto por el eterno descanso de las almas de los señores De la Canal, fundadores del templo y benefactores eméritos de la ciudad, mis antepasados directos y de quienes diré de paso que jamás fueron condes.

—¿Cómo sigues, hijo? —me preguntaba mi tía.

—Muy malo, tía. ¿No me moriré?

—¡Qué te vas a morir, hombre! ¡Pero quién te lo manda por tragón!

Y se enredaban ella y mi madre en una conversación llena de comentarios sobre noviazgos de las sobrinas, sobre matrimonios en puerta, sobre novenas, santos e indulgencias y el estado del tiempo.

Yo me adormilaba pensando en que, si me moría, tal vez me iría al cielo, pues no tenía pecados mortales en mi conciencia y los veniales, ya se sabía, se perdonaban, como los dice en su catecismo el Padre Ripalda: "por una de estas nueve cosas" cada una de ellas sencillísima y fácil de practicar.

Por fin, se iba mi tía, dejando mi recámara impregnada de un aroma de agua de colonia o de Kananga del Japón, limpio e indefinible y me decía cariñosa:

—No te preocupes; en unos cuantos días más, estarás de correr y parar y no se te olviden: "pujos por abril y mayo, salud para todo el año".

V

RARO era el día en que mi tía Mariana no visitaba mi casa o nosotros la suya. La de ella era de las más antiguas de San Miguel; tenía dos pisos y los bajos, con un gran patio y fuente cantarina, olían siempre a caballo. En los altos, en cambio, se respiraba un aroma, mezcla de agua florida, korilópsis del Japón y anona, esencias que estaban de moda en aquel tiempo.

Mi tía había casado con su

primo hermano, don Luis Malo, que fue équite durante toda su vida, a grado tal, que siempre se le vio vestido de charro. Sólo cambió este atavío el día de su matrimonio en que tuvo que vestirse como todo el mundo, por exigencias que en la época no podían pasarse por alto. En los días grandes, lucía un pantalón de siete aletones con ostentosa botonadura de plata.

Mi tío tuvo muchos caballos; pero sus predilectos eran El Troyano y El Troyanito, dos alazanes tostados que había que ver. El hombre era un consumado jinete, lo que no fue parte a que un día El Troyano diera con él en tierra. Cuando le preguntaron a qué se debía el percance, contestó muy serio: Nada, señor, que me falló un resortito.

Llegó la Revolución y con ella la pela de todo género de cabalgaduras, en cuanto las mulas de la estufa del Santísimo, que, aunque ya hacía años y felices días que no tiraban de ella, engordaban en las caballerizas del curato.

Naturalmente que los pencos del tío Luis también fueron víctimas de la "bola", aunque se dio mañas para salvar El Troyano, al que emparedó bonitamente en un cuarto de su casa que mandó tapiar, dejando una claraboya para dar al animal agua y pienso.

Pasaron los días y por la claraboya salían olores, que no eran, por cierto, a ámbar y se oían los relinchos del jamelgo, lo que dio pie para que algún "amigo de la causa" o enemigo de mi pariente, lo denunciara a las autoridades militares, cuyo jefe, ni tonto, ni perezoso, mandó una escolta para que se apoderara del cautivo y lo incorporara a la caballería del ejército. Llegaron los soldados, echaron abajo el muro que aprisionaba al Troyano y lo pusieron en libertad; pero el penco, bien sobrado por los prolongados días de encierro, salió bufando y repartiendo coces, con gran mengua de tres o cuatro de sus libertadores.

Mi tío, se enfureció naturalmente y puso a quienes se llevaron al caballo, como Dios al perico.

Días después del suceso, visitamos a mi tía y luego de los con- sabidos y obligados comentarios sobre la carestía de la vida, la escasez de las criadas, los triduos

y las novenas, salió a relucir la historia del Troyano.

—¡Válgame Dios —decía mi tía a mi madre—, imagínate nada más que nunca en mi vida he oído tantas y tan horribles malas razones como las que Luis les dijo a los que se robaron el caballo!

—¿Y tú qué hacías, tía? Porque eso debe haber sido horrible...

—Pues nada, hija. ¿Qué querías que hiciera? Luis, una insolencia y yo, una jaculatoria.

¡Oh, poder divino de la fe que anidaba en el alma ingenua y devota de mi buena tía Mariana! ¡Oh, poder divino la de las damas de entonces que "cortaban" las culebras o trombas, tocando una campanita consagrada y rezando La Magnífica!

VI

TUVO mi tía Lupe Malo, hija de mi "tío chico", gran afición a los animales desde los días de su infancia y así crió canarios, perrillos falderos, ardillas y palomas. Empero, nunca tuvo afición a los gatos.

Ya en los días de su senectud, hacían su delicia una pareja de palomos: eran Fanor y Alieta, nombres que debe haber sacado de algún novelón romántico o del "Presente Amistoso a las Señoritas Mexicanas", que, con deliciosas láminas a colores, iluminadas a mano, dio a la estampa Cumplido a mediados del pasado siglo.

Jamás hubo palomos más consentidos, ni más cariñosos, ni más obedientes.

—¡Fanor...!

Y venía el palomito a comer en las manos de su dueña.

—¡Alieta...!

Y la palomita, dulce y zaran- dora acudía haciendo currucucú.

Mi tía creía en Dios y adoraba en sus palomos.

Uno de tantos días, fue mi tía a mi misa cantada y de tres padres y, por lo tanto, larga y mientras, Miguelito su sobrino, tuvo la ocurrencia de llevar un gato a la casa. El gato era persa; pero, para el caso, lo mismo hubiera dado que se tratara de un gato de azotea.

Verse el minino en el patio y echar mano a Fanor y Alieta, todo fue uno: se los zampó en un dos por tres, sin dejar ni las plu-

mas y allí comenzó el sufrir de Miguelito.

—¿Qué haré —se dijo—, ahora que vuelva mi tía y no encuentre a Fanor y Alieta?

Y rápido se dio a visitar todas las iglesias de San Miguel, que pasan de veinte, habló con todos los campaneros y sacristanes, subió a todas las torres y buscó por todas las cúpulas un par de palomos que tuvieran la pinta de los que se había comido el gato, bicho al que corrió a palos después de consumada su fechoría.

Por fin, después de mucho caminar y de subir y bajar torres y cúpulas, consiguió en la Santa Escuela unos palomos, que, si no eran exactamente como los desaparecidos, sí se les parecían muchísimo. Llegó a la casa feliz con ellos, les cortó las alas y los soltó en el patio.

Acabó, por fin, la misa, como todo se acaba en este mundo y lo primero que hizo mi tía al entrar a su morada, fue dar voces llamando a sus palomitos.

—¡Fanor...! Pero Fanor se había encaramado en la copa de un naranjo.

—¡Alieta...! Mas Alieta, pese a sus cortadas alas, había logrado subirse hasta el copete de un altísimo ropero, de aquellos en que podía guardarse la existencia de todo un cajón de ropa, como se llamaban entonces los almacenes que la vendían.

—¡Válgame Dios, Miguelito...! ¿Qué tendrán mis palomitos que no me hacen caso?

Con mil y tantos trabajos logró mi primo echarles mano a los palomos valiéndose de un gran plumero y los puso en las de mi tía, que los bichos picotearon a todo su sabor, hasta hacerles brotar la sangre.

—¡Jesús, Miguelito...! Traeme árnica y agua bendita, porque no me acordaba y ahora caigo en la cuenta, que hoy es 24 de agosto, día de San Bartolomé.

En efecto, ese funesto día era el aniversario de la matanza de los hugonotes, fecha en que, según la tradición, el Enemigo Malo anda suelto haciendo de las suyas por todas partes.

VII

INVENTO mi "tío grande" toda una teoría de cuentos de gran imaginación y era tan fecundo en

estos menesteres que, a su lado, el famoso barón de Mulhausen era un niño de teta. Tengo una vaga idea de mi pariente, pues murió siendo yo todavía un niño; pero no faltó quien me contara sus donosas ocurrencias.

Según me han dicho, era bajito, gastaba una gran piocha y le brotaba la sangre andaluza. Era la suma y compendio de la exageración y de las mentiras.

Una vez que los Malo Herrera perdieron la hacienda de Puerto de Nieto, su conversación giraba siempre en torno de ella y era su tema favorito, aunque no llegó a trastocarse con la malaventura como le ocurrió a su sobrino don Francisco de Paula Lámbarri y Malo.

Quienes le oyeron; me contaron que una vez refirió muy en serio, cómo, habiendo salido una madrugada de la hacienda en cuestión, montando en uno de sus caballos más finos, llegó a San Miguel, caballero en la mitad del penco.

—Pero, ¿cómo puede ser eso posible, don Miguelito? —le dijeron.

—¡Vúlgame Dios! ¿Pero cómo no?

—Pues si tal cosa es imposible...

—¡Vúlgame Dios, pues es tan cierto como el sol que nos ilumina!

—Bueno, ya que usted se empeña...

—¡Vúlgame Dios...! —Porque mi tío siempre quería que Dios le valiera, aunque dijera "vúlgame" en lugar de válgame.

—Pues verá usted, ¡vúlgame Dios! Salí yo una mañana muy temprano de Puerto de Nieto montando en mi mejor caballito que tenía un tranco muy parejo y precioso y hacía con sus pezuñitas: Zacatecas... Zacatecas... Zacatecas...

—¿Cómo, don Miguelito?

—Si hijo: Zacatecas... Zacatecas... Zacatecas... con sus cuatro patitas. De repente se nubló el cielo, oí el trueno de un rayo y olí a chamuscado.

—¿Se le había quemado el poncho, don Miguelito?

—No, hijo... ¡Vúlgame Dios...! Lo que pasó fue que mi caballito ya no tranqueaba como antes: ya no hacía Zacatecas... Zacatecas... Zacatecas, sino nada más Zaca... Zaca... Zaca... Zaca...

—¿Pues qué le pasó?

—Nada, hombre... ¡Vúlgame

Dios...! Que el rayo le había llevado los cuartos traseros; pero como el animal era muy noble, siguió caminando hasta San Miguel y así llegamos... ¡Vúlgame Dios...! ¿No te parece un milagro?

En otra ocasión, dicen que refirió, cómo habiendo salido muy de mañana de Puerto de Nieto, montando en otro de sus caballos, al llegar a Cerritos, que está a la mitad del camino y como comenzara a clarear el día, se percató de que había ensillado a uno de los grandes puercos de su engorda y venía cabalgándolo orondamente.

Perdido el pleito de Puerto, y viudo ya, vivía al lado de su único hijo varón, mi tío Luis, dejando pasar la tranquilidad de sus días en lo apacible del pueblo, mintiendo inocentemente en sus diversas tertulias, con la serenidad y el aplomo de quien cuenta verdades de a folio.

Murió ya longevo, como casi todos los de su casta, en la paz del Señor y encomendando su alma al Príncipe de la Milicia Celestial, de quien llevaba el nombre y era tan devoto.

Él debe haberle librado de las garras del Enemigo Malo.



Maderería del Trabajo, S. A.

LOS MEJORES PRECIOS EN:

CEDRO - PINO - CAOBA - TRIPLAY Y FIBRACEL

ATENCION PERSONAL DE SUS DIRECTIVOS

JOSE LUIS Y BRUNO SANCHEZ DIAZ

Av. del Trabajo N° 266

Tels.: 26-72-89 y 29-07-85

México, D. F.

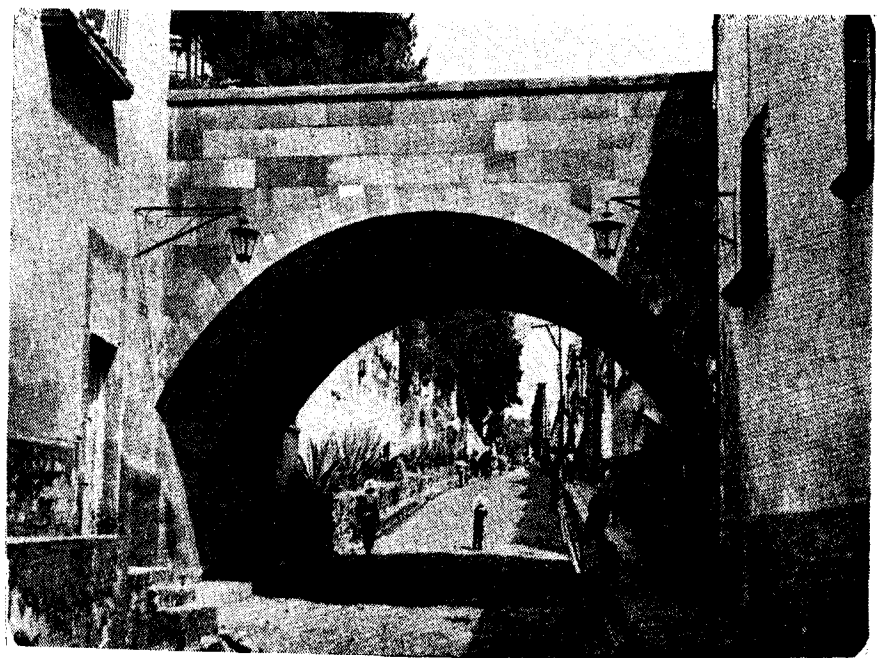
VIII

NO hubo en San Miguel un tipo ni más pintoresco, ni más escrupuloso, ni más polifacético que don Manuel de Sautto y Sautto, cabeza de numerosa y rancia familia. Fue rico, poeta, violinista, dramaturgo, suegro de media población, abuelo de otra media y hombre influyente, así, con el Venerable Clero secular y regular, como con el Supremo Gobierno. Fue suegro del eterno Jefe Político y tío del Diputado perpetuo en la época de don Porfirio.

Escribía unos culebrones, muy morales, que hacía representar en el patio de su casa, transformado en teatro, en los que tomaban parte sus numerosos hijos e hijas, muchos sobrinos y algunos amigos de la familia y al terminar la representación, se agasajaba a cómicos y asistentes con un delicioso refresco.

Compuso para cada uno de sus hijos e hijas, cuando se iban casando, un epitalamio en verso que él mismo leía en el banquete de bodas:

**"Tú lo quisiste, Julián,
tú lo quisiste, Consuelo:**



Desde hace más de una centuria, esta romántica calle lleva el nombre de Canal, uno de los benefactores de la población.

**por fin, bondadoso el cielo
ha colmado vuestro afán..."**

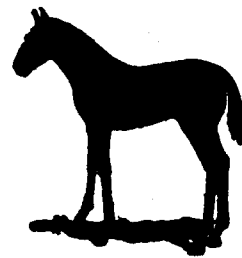
Así rezaba el que dedicó a una de sus hijas y al que, andando el tiempo, habría de ser general revolucionario, don Julián Malo Juvera. Don Manuel, había leído seguramente y muchas veces el drama fantástico-religioso de don José Zorrilla, "Don Juan Tenorio", y como el famoso lector de cámara de Maximiliano enristraba "afanes" a porrillo, ca-

da vez que le faltaba un consonante.

También se afanaba don Manuel en moralizar a sus coterreñas, pues era el único agente en San Miguel de "La Moda Elegante", única revista para damas de la época y antes de repartir los ejemplares entre sus suscriptoras, subía cuidadosamente los escotes de los figurines, bajaba las mangas que le parecían altas y extendía las faldas "hasta el huesito", siempre que, en su opi-

LA POTRANCA, S. A.

*La Potranca, fina y blanca,
siempre a su crédito fiel
y al día, jamás se espanta;
pues, para objetos de piel
sólo existe "LA POTRANCA".*



GERENTE: BALTASAR ISOBA

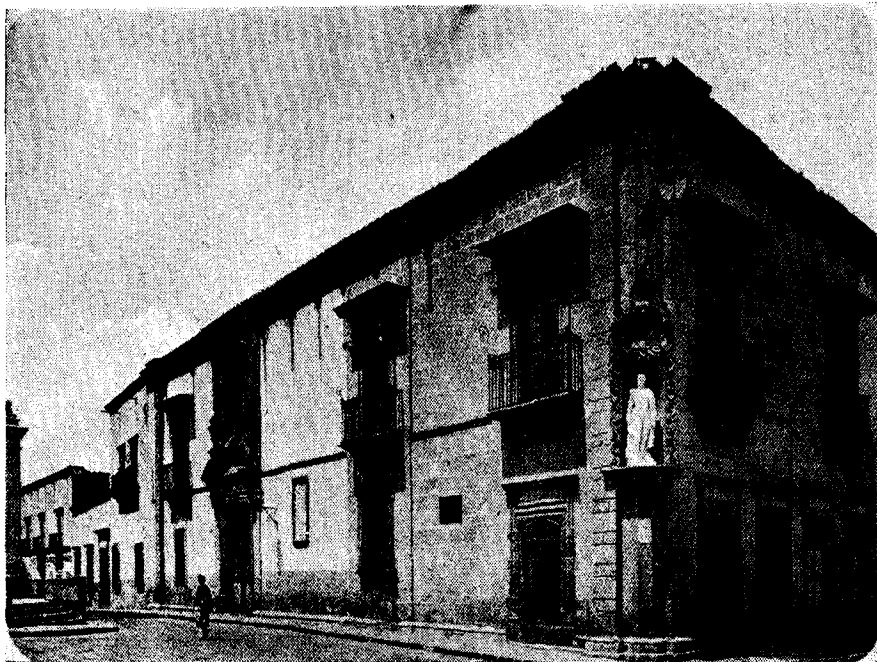
La Casa Preferida por el Turista del Continente Americano y de Europa

5 de Mayo 9

Teléfono: 12-13-33

Apartado Postal 2465

MEXICO 1, D. F.



Aquí, en esta esquina, se podía ver todas las noches a la figura ya familiar del tío Lucas, con su amplio sombrero y su jorongo.

nión, le parecían deshonestas las vestiduras. Para ello se valía de un pincel que mojaba en tinta de china.

Además, si en alguno de los novelones que publicaba la revista aparecían las palabras amor, pasión, beso o cualesquiera otras que tuvieran relación con Cupido, las tachaba cuidadosamente y así, cuando “La Moda Elegante” llegaba a manos de las señoras y señoritas sanmiguelenses, iba debidamente corregida y no podía ser ocasión de pecado, dejando limpia la conciencia de don Manuel.

¿Qué por qué no protestaban las suscriptoras? ¡Cualquiera se hubiera atrevido a hacerlo siendo como era él una persona de tanto respeto y con tantos y tan diversos valimientos!

Fue don Manuel, dueño de la hacienda de “La Venta” y en ella tenía una tienda —seguramente de raya—, llamada “El Cuyasguti”. El nombre del establecimiento se ilustraba con la figura de un animal, pintado a todo color, con cabeza de mujer, cuerpo de león, pelambre de tigre, cola de serpiente, garras de águila y quién sabe cuantas incongruencias más. Era un producto de la imaginación del bueno de don Manuel, quien fue uno de los últimos ejemplares de aquellas viejas familias patriarcales de San Miguel, que no llegaron a ver la decadencia de sus casas.

Pasó por este mundo sin hacer mal a nadie y sí, creyendo que había hecho muchos bienes

retocando “La Moda Elegante” y todos los libros de su bien nutrida biblioteca.

IX

APARTE de la tía Quela, solterona, hubo otra tía Micaela en la familia de los Malo, mi tía Mique, progenitora de otro tipo pintoresco de San Miguel: Salvador de Sautto.

Sus ocurrencias llenan todos los días de mi puericia y participé en algunas de ellas, ya que somos contemporáneos, con un año de diferencia a mi favor.

Salvador tenía amores con una chica, e iba a “echar reja”, como se designaba en mi tierra al castizo “pelar la pava”, casi todas las noches en mi compañía y la de otro amigo mutuo, que lo esperábamos en la esquina a que terminara de conjugar el divino verbo.

Una de tantas noches volvió a nuestra vera mustio y alicaído, diciéndonos que había reñido con la novia.

—No te apures, hombre... ¡ya se contentarán! —le dijimos.

Pero Salvador no nos hacía caso y daba rienda suelta a su pena, diciéndonos que fuera de aquella muchacha no habría otra para él en su vida.

En esto, alcanzó a pasar frente a nosotros un organillero con su pesado fardo a cuestas. Verlo Salvador y llamarlo, fue todo uno.

—Óyeme —le dijo—, ¿tocas “Cuando el Amor Muere”?

—Sí patrón —respondió el del cilindro.

—¿Y a cómo tocas la pieza?

—Bueno, por ser para usted, a dos centavos.

—Correcto, échame un peso; pero no le cambies.

Y comenzó el del cilindro a darle a la manivela. Para entonces ya nos habíamos acercado con el del organillo a la casa de la novia de Salvador y “Cuando el Amor Muere” se repetía y se repetía en forma azás molesta.

Iríamos por los veinticinco centavos, cuando se abrió la ventana y apareció la muchacha, dispuesta a hacer las paces con nuestro amigo, compelida a ello por sus familiares que ya no soportaban las repetidas muertes del amor.

Hablaron Salvador y la chica y todo parecía estar arreglado, mas antes de que el organillero se echara sobre sus espaldas su pesado mamotreto, el feliz novio volvió a interrogarlo:

—Oye: ¿tienes en tu repertorio “Cuando el Amor Renace”?

—Sí, como no, jefecito...

—Pues complétame el peso y échale un tostón más.

Aquello fue el acabose y a la quinta o sexta ejecución, se oyó un fuerte ventanazo y por la puerta de la casa salieron los familiares de la novia provistos de escobas y cubetas de agua, para poner en fuga al cilindrero. Nosotros, huímos también y así concluyó aquel musical noviazgo.

Corrieron los años y Salvador casó con una prima suya, muy a usanza de los Sautto y como no se avinieron, pidieron y obtuvieron el divorcio, que se decretó como a principios de diciembre, para ejecutoriarse a mediados del mes. Mas antes de consumarse la ruptura del vínculo matrimonial, Salvador fue a ver a su suegro y le dijo:

—Vengo a pedirle un gran favor: ¿qué no me podría dejar a mi mujer hasta el día último, para pasar con ella la Navidad y el Año Nuevo?

Pasó el tiempo, murió la señora y Salvador languidece ejerciéndola de notario de la parroquia y extiende boletas para matrimonios, con sus mejores deseos que expresa calurosamente a novios y a novias, para que, los futuros cónyuges, sean felices.

(Continuará).

- La Casa y Mayorazgo de la Canal de la Villa de San Miguel el Grande.
- Manuscrito encontrado en Zaragoza.
- La vida en México.
- Cien años de soledad.

Un verdadero acierto es el que se ha anotado la Editorial Cultura al publicar en una edición impecable *La Casa y Mayorazgo de la Canal de la Villa de San Miguel el Grande* (Nueva España).

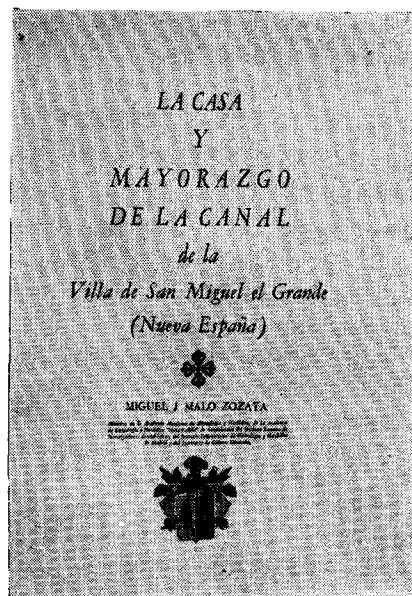
Es un magnífico libro genealógico, bellamente impreso y meticulosamente cuidado en todos sus aspectos, es, y puede decirse sin ambages, un ejemplar verdaderamente raro, el cual no debe faltar en ninguna biblioteca, ya sea como obra de consulta o tipográfica, pues es un verdadero orgullo de las Artes Gráficas.

Don Miguel J. Malo Zozaya, nos muestra en estas páginas su gran erudición genealógica y heráldica que con su estilo muy propio nos adentra en el pasado en cada vuelta de página, ya sea paseándose por San Miguel, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, o en la capital de la Nueva España, donde a cada paso siempre encontramos a algún miembro de la familia, el cual nos lleva adelante, siempre en busca de otro personaje de la Casa.

De esta joya no podríamos sustraernos sin transcribir el Prefacio del Autor, que a la letra dice:

Como anticipo a la publicación de un trabajo que he intitulado "Genealogía, Nobleza y Armas de las Familias de la Villa de San Miguel el Grande de la Nueva España", sale hoy a luz esta relación genealógica y exposición heráldica de la muy ilustre Casa y rico Mayorazgo de la Canal, fundado en dicha Villa el 2 de agosto de 1737 por su insigne benefactor el calatravo don Manuel Francisco Tomás de la Canal y Bueno de Baeza, natural de la ciudad de México, y por su ejemplar esposa doña María Josefa Gabriela de Hervás y Flores, originaria del Real y Minas de Santa Fe de Guanajuato.

La Casa de la Canal, objeto del presente estudio, dimanó de



las casas montañosas del mismo apellido radicadas una en Lebeña y la otra en Potes; unidas ambas por el matrimonio del hijo del Señor de la Casa de la Canal en Lebeña, ascendiente directo del referido don Manuel Francisco Tomás de la Canal y Bueno de Baeza, con la nieta del Lic. D. Francisco de la Canal, tronco de la Casa de la Canal en Potes e hijo del trinchante* del rey don Juan II de Castilla.

Por otras líneas, esta familia sanmiguelense de la Canal viene, como se probará en las notas de este libro, de la Casa de Mier y Terán del Valle de Cabuérniga en Santander, entroncada con los descendientes del rey San Fernando III de Castilla y con los de una prima hermana de Santo Domingo de Guzmán; de la de Peralta en Segovia, fundada por el nieto de Mosén Pierres de Peralta, Marqués de Falces, Conde de Agramont y Condestable de Navarra; de la Casa de Cisneros que produjo al gran cardenal y gobernador de España, y de la

* Cargo palatino éste de suma confianza, pues el que lo desempeñaba era siempre gentilhomme de boca, y trinchaba, de ahí su nombre, servía la copa y hacía la salva o prueba de la comida y bebida del rey, garantizando así que no había en ella veneno alguno.

Casa de los Señores de Camporredondo, sita también en Cabuérniga. Por provenir los De la Canal de esta última Casa, enderezan sus líneas transversales de ascendencia hasta el rey de Castilla y León don Alfonso XI, y hasta el rey don Fruela II de León, Asturias y Galicia.

Los expedientes de las pruebas de nobleza hechas por don Domingo de la Canal y Vélez de las Cuevas y por su hijo don Manuel Francisco Tomás de la Canal y Bueno de Baeza para ingresar a la Orden de Calatrava, confirman su filiación y justifican plenamente su calidad de Hijosdalgos de sangre al Fuero y costumbre de España. Este último probó su nobleza, además, al Fuero de Indias por contar entre sus ascendientes maternos a varios primeros pobladores y a un conquistador de la ciudad de México-Tenochtitlán.

La nobleza patrimonial de los de esta Casa de la Canal se acreció en América y en la propia villa de San Miguel el Grande por la alianza de sus vástagos con las más linajudas familias y con buen número de Títulos de Castilla.

El Mayorazgo de la Canal fue heredado por rigurosa agnación hasta don Lorenzo María Loreto de la Canal y de Landeta, fallecido el 23 de octubre de 1847, sucediendo en él por cognación, el 20 de febrero de 1848, don Ramón José Loreto de Samaniego y de la Canal, hijo de los Condes de Samaniego del Castillo don Manuel de Samaniego del Castillo y doña María Catalina de la Canal y Fernández de Jáuregui, de Landeta y Serrano. Aunque para entonces estaban ya abolidos los mayorazgos en México, por decreto de 7 de agosto de 1823, acatando lo dispuesto en una de las cláusulas del Mayorazgo, tomó el nuevo titular el nombre de Ramón María Loreto de la Canal y de Samaniego. La

desvinculación del Mayorazgo se inició en la ciudad de México el 5 de diciembre de 1850, y la consecuente partición de bienes se hizo poco después en la de Querétaro, siendo declarados herederos don Ramón María Loreto de la Canal y de Samaniego, el obispo de Tanagra don Joaquín Manuel María Loreto Fernández de Madrid y de la Canal, de la Canal y de Landeta, y sus hermanas.

Por ser los escudos de armas emblemas particulares que sirven para distinguir una casa de las demás, sólo expondré aquellos que sé que pertenecen conforme a derecho a determinada familia por tener o haber tenido ésta la correspondiente Certificación de blasones expedida por algún rey de armas, o por aparecer en sus retratos, alhajas, medallas conmemorativas, piedras armeras de sus casas y sepulcros, o bien por ser divisa notoria del solar de origen, o por el uso; única forma provechosa de divulgar la heráldica familiar.

Las descendencias por varonía se seguirán hasta extinguirse, pero las líneas femeninas sólo comprenderán una generación, excepto la de doña María Catalina de los Dolores de la Canal y Fernández de Jáuregui por haber tomado su hijo el apellido materno al recaer en él el Mayorazgo, y la de doña María Josefa Ana de la Canal y de la Canal, de Landeta y de Vallejo por ser la única que conserva el apellido Canal.

Las pinturas al óleo, esculturas, miniaturas y daguerrotipos que se reproducen en las láminas, representan a los de esta Casa y, además, a sus deudos; desconocidos muchos de ellos, no obstante que fueron en su tiempo sujetos distinguidos, por estar ahora sus retratos en manos de particulares. De ahí que crea pertinente publicarlos no sólo para satisfacer una curiosidad familiar, sino para perpetuar su memoria y para que el estudioso aprecie en ellos los rasgos comunes, las expresiones, los trajes, los escudos de armas y la obra de arte en sí que algunos entrañan. Para facilitar esto úl-

timo, se consignarán las firmas y fechas que en los originales aparezcan.

La grandeza de los monumentos religiosos que erigieron los Canal en la villa de San Miguel el Grande, es testimonio edificante de su prodigalidad y de su fervor religioso; y la magnificencia de las casas que levantaron en ella pone de manifiesto el alto grado de cultura, la prosperidad y la relevante posición social que tuvieron. Todo este regio legado monumental que le imprime a mi suelo natal esa fisonomía señorial que lo singulariza, constituye un inagotable incentivo turístico. Por eso puede afirmarse que los Canal fueron y seguirán siendo, a través de su obra, benefactores perennes de la hoy ciudad de San Miguel de Allende.

El presente trabajo, fruto de muchos años de empeñosa búsqueda, es sentido tributo de admiración y de reconocimiento a esta gran familia sanmiguelense enlazada con los míos por tan diversas líneas.

M. J. M. Z.

Y ahora, para terminar y como dato supletorio a los amantes y coleccionistas de obras raras, daremos los generales en dónde poder conseguirla, pues ya quedan muy pocos ejemplares. Escriba a Miguel J. Malo Zoza, en la calle de Mesones No. 91, San Miguel de Allende, Gto., y él lo atenderá con su gentileza proverbial.

MANUSCRITO ENCONTRADO EN ZARAGOZA

Roger Caillois sacó del lecho de los tiempos esta obra de Jan Potocki —escrita originalmente en francés—, que ahora publica en español "Minotauro", de Argentina. Obra extraordinaria por todos conceptos, es decir, no sólo por desenvolverse en el ámbito de lo fantástico sino por alcanzar en este género calidades que difícilmente han logrado otras más famosas o conocidas.

"La obra —dice Caillois en su prefacio—, ha permanecido desconocida en Francia. Y como estaba escrita en francés, parece no haber alcanzado sino muy lenta-



mente un mejor destino en la patria del autor, aunque éste perteneciera a una de las más ilustres familias de Polonia. Sus compatriotas, a lo menos, consideraron siempre a Potocki como a uno de los fundadores de la arqueología eslava. El personaje, por lo demás, merecería ser estudiado a fondo. Nace en 1761; adquiere primero en Polonia, después en Ginebra y Lausana, una sólida educación. Muy joven aún visita Italia, Sicilia, Malta, Túnez, Constantinopla y Egipto. En 1788 nos da cuenta de su recorrido en un libro publicado en París con el título de **Viaje a Turquía y a Egipto hecho en el año 1784**, que reeditara en su imprenta privada en 1789. Entretanto, de vuelta a su país, se hace de golpe célebre subiendo en globo con Francois Blanchard. En 1789, después de querellarse con los Estados de Polonia a propósito de la libertad de prensa, instala en su casa una imprenta libre (**Wolny Drukarnia**) en la que edita los dos volúmenes de su **Ensayo sobre la historia universal e indagaciones sobre Sarmacia**".

Este personaje extraordinario, autor de muchas obras entre las que se hallan la Historia primitiva de los pueblos de Rusia, con una exposición completa de todas las nociones locales, nacionales y tradicionales necesarias para

comprender el cuarto libro de Herodoto, los Principios de cronología para los tiempos anteriores a las Olimpiadas y la Descripción de la nueva máquina para batir moneda, es el autor de **Manuscrito encontrado en Zaragoza**.

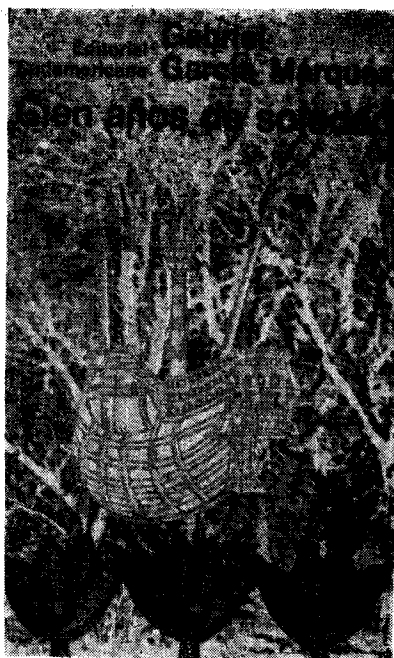
En un estilo magnífico que supera la mayoría de los grandes escritores de su tiempo, Potocki relata una vez tras otra la misma historia, mediante distintos personajes, con variantes y modificaciones que hacen crecientemente y constante su interés, en el ámbito de la fantasía más desenfrenada, mas no por ello ausente de simbolismos y situaciones cuya intención y contenido superan con mucho lo que de otra forma hubiera sido un simple relato de ficción para hacer pasar el rato a los lectores.

Caillois dice que "no se ha empleado, que yo sepa, combinaciones tan osadas, deliberadas y sistemáticas de los dos polos de lo Inadmisible —la irrupción de lo insólito absoluto y la repetición de lo único por antonomasia—, para llegar al colmo del espanto: el prodigio implacable, cíclico, que se encarniza con la estabilidad del mundo utilizando sus propias armas y que bien pronto no es ya un milagro escandaloso sino la amenaza de una ley imposible de la cual conviene temer en adelante sus efectos recurrentes, a la vez inconcebibles y monótonos. Lo que no puede ocurrir se produce; lo que sólo puede ocurrir una vez se repite. Ambos se conciertan e inauguran una especie terrible de regularidad".

Manuscrito encontrado en Zaragoza constituye una de las pruebas más definitivas de cómo una obra extraordinaria puede ser ignorada durante más de un siglo, antes que una cuidadosa labor de investigación, crítica y deslinde la saque del olvido para ponerla en su justo lugar, ofreciéndola a los lectores de otros tiempos que no podrán dejar de considerarla magnífica.

CIEN AÑOS DE SOLEDAD

A orillas de un río ancho y amarillo, en la parte septentrional de la República de Colom-



bia, que se involucra geográficamente a la zona antillana, se abre una llanura fecunda que lleva por nombre el Valle del Magdalena. Los oriundos de aquel lugar tienen algo de negro, de indio, de árabe o de gitano y son gentes que ven pasar la vida lo mismo que ven bajar las aguas lentas del río. A veces, se van por él. La música de aquella región es zumbona, tropical y aun a pesar suyo melancólica —aunque nunca como la del páramo—, y se acompaña de un acordeón, el mismo que tocara Aureliano Segundo, el pachanguero descendiente del coronel Aureliano Buendía, en los tiempos alegres de Macondo. La letra de esas canciones —guardando todas las distancias, es un ejemplar tropical de los corridos— relata, narra, inventa o recrea anécdotas íntimamente ligadas con la historia de los pueblos y sus habitantes. De imaginación desbordante e ingenua, sin pelos en la boca y fácil como su melodía, los "paseos de vallenatos" remontan el viejo río hasta las cumbres del páramo —de allí donde vino la apretada cachaca madre de Renata, por otro nombre Memé—, y no son extraños en parte alguna.

"Cien años de soledad", la última novela de Gabriel García Márquez, colombiano de Aracataca, es un gran "paseo vallenato" monumental. Aun a sabien-

das de que André Gide, por ejemplo, hubiera juzgado impropia esta apreciación, tal vez obvia para iniciados en folklore "vallenato", estoy seguro que el músico Escalona —cuyos ancestros se mueven en las páginas de la novela—, y el propio Gabriel García Márquez, Gabo, la aceptarían.

Pero, por supuesto, todo esto no pertenece al terreno estricto de la crítica literaria, suponiendo que ésta exista.

Una vez dicho lo que corresponde al sentimiento personal del suscrito, e indudablemente a las implicaciones psicológicas del autor en su novela, diremos que "Cien años de soledad" es esencialmente distinta a las obras posteriores de García Márquez —"La hojarasca", "La mala hora", "El coronel no tiene quien le escriba"—, a pesar de que los personajes sean los mismos y entre ellos, el más importante tal vez, el escenario mismo, ese pueblo de Macondo, enclavado en pleno trópico y del que su autor ha sabido hacer el microcosmos del mundo.

Apuntalada sobre un fondo históricamente exacto, calidad que ya no solamente los expertos en "paseos vallenatos" habrán de saber ver, sino también los historiadores, la novela entretiene hechos sociales y psicológicos con la más desenfrenada fantasía. Y es esta irrupción de lo fantástico lo que no solamente diferencia a "Cien años de soledad" de las otras obras de su autor, sino también la que le confiere una calidad nitidamente superior, su aliento poético y su extensa proyección épica y mítica.

A nuestra manera de ver, lo fantástico y lo poético se confunden. El misterio y lo inconcluso son los estratos de ese territorio aleatorio donde se mueve el escritor de ficción. Y a su vez, ese espejismo de lo fantástico presenta la otra cara del mundo que una literatura exclusivamente "realista" nunca sabría intuir. Así pues, si en "Cien años de soledad" no hay explicación posible a la extraña muerte de José Arcadio Buendía, si la sangre mana de uno de sus oídos inexplicablemente y recorre toda la

población, hasta llegar a los mismos pies de Úrsula, si la levitación de Remedios, "la bella" pasa casi desapercibida, lo mismo que la muerte de diecisiete hermanos indeleblemente marcados por una cruz de ceniza, es porque Melquíades, el quiromante, habrá anunciado desde un principio este otro "reverso de la moneda", el aspecto mítico que acompañará siempre a toda realidad.

Pero en Gabriel García Márquez, los mitos se encarnan. Y los acontecimientos más insólitos adquieren forma y vida cotidianas, porque son narrados en un lenguaje llano a fuerza de humor y sabiduría, la suficiente inclusive para revalorizar intencionalmente el lugar común.

Insistiendo en este aspecto "fantástico-cotidiano" de "Cien años de soledad", es notable observar que corresponde a un signo de los tiempos. Al escribir esta novela, García Márquez transita de un estilo amordazado, excesivamente cuidadoso de las imágenes, coaccionado por el racionalismo, para entregarnos toda su capacidad creativa canali-

zada a través de una técnica puesta al servicio de la historia misma, no de cánones estrechos. Sin intentar para nada efectuar comparaciones incongruentes, quiero recalcar que es esta misma calidad de lo fantástico la que, incorporada a la estructura novelística de "Pedro Páramo", le confiere la gigantesca personalidad sin la que tal vez hubiese sido sólo un terrateniente como cualquier otro, y la que hace de "Farabeuf" de Salvador Elizondo una novela universal. Es también este hálito de lo feérico lo que confiere su magia a las obras de Cortázar y la que ha colocado a Borges en la premonición de un estilo y de una época. Es esta capacidad de aquilatar sombras y reflejos tanto como a los personajes y acontecimientos que los producen, lo que confiere a la literatura un valor que trasciende las fronteras.

A Macondo se lo ha llevado el viento, y con él, a una manera de escribir. Creo que podemos considerar la obra primera de García Márquez como un experimento, que, apareado a las vicisitudes de la vida misma, procuró la desinhibición estilística

de que el autor hace gala en "Cien años de soledad". Es este un punto de partida. Pero no creemos en la "madurez" del escritor sino en su capacidad de continuar un experimento. Por muchas razones vivimos una época experimental y nuestra vida misma es, seguramente, algún experimento. "Cien años de soledad" es el primer resultado de ese experimento llamado Gabriel García Márquez, quien, como los viejos alquimistas, cambia al mismo compás que hace mutar sus elementos. Si en "Cien años de soledad" trasmutó el plomo de un estilo cuya sobriedad podía ser confundida con el misoneísmo, cambiándolo por el versátil y mágico elemento vital de esta novela, no dudamos de que en su próxima cita con los editores deposite el "tarabesco-teado" huevo filosfal, hongo atómico o apéndice monumental de su próxima novela. Sin embargo, de ahora en adelante, al referirse a su obra, nadie estará exento de decir: "Antes y después... de «Cien años de soledad»" Editorial Suramericana, Buenos Aires.

Móbil Atlas, S. A. de C. V.

PINTURAS

Presidente:

OSCAR MARTINEZ CECIAS

Director de Ventas:

JOSE F. MARTINEZ CECIAS



Poniente 146 No. 700.

MEXICO 15, D. F.

Tel. 47-03-48

LA VIDA EN MEXICO

En una hermosa edición de la casa editorial que dirige Rafael Giménez Siles, se presenta esta enjundiosa obra de Salvador Novo, Cronista de la Ciudad de México y de una época.

Emmanuel Carballo, autor de las solapas, entera al lector de que este tomo recoge del Diario y las Cartas del autor documentos que reconstruyen una etapa de la vida nacional que aún hoy es vista "con apasionamiento tal, que para unos es una edad dorada y para otros una época nefasta".

Para Carballo, el gobierno de Miguel Alemán es "la consecuencia lógica e inevitable de la política seguida por los dos regímenes anteriores", los de Lázaro Cárdenas y Manuel Avila Camacho. Alemán da a la revolución de 1910 su verdadero significado: "el de democrático-burguesa".

Creador del México que hoy vivimos, Alemán es la síntesis de un proceso dialéctico del que el general Cárdenas sería la tesis y Manuel Avila Camacho la antítesis.

Es durante estos años cuando Salvador Novo acepta colaborar con Carlos Chávez —entonces director del Instituto de Bellas Artes—, como jefe de la sección de teatro, para propiciar desde allí, una nueva etapa del teatro

mexicano —"menos rígido y más eficiente"— que culmina con el descubrimiento de dos autores: Sergio Magaña y Emilio Carballido.

Este tomo es pues, el recuerdo de la batalla de Novo en pro del teatro nacional.

Pero aquí la palestra es tan importante como la batalla misma: una epopeya en que los personajes y la escena cobran vida y donde el presente adquiere las connotaciones humanas e históricas que lo hicieron posible.

En el prólogo, Novo condensa así el proceso de este libro, en la magia de su prosa: "Cómo no agradecer a Ipalnemohuani —aquel por quien tenemos vida—, que haya galardonado la mía con que alcance a mirar lo que son uñas de mis dedos, cabellos de mi cabeza, hijos míos engendrados en el placer de un instante —reunirse a la distancia de sus generaciones: congregarse dentro de las dos puertas de un libro; gratificar así mi conmovida paternidad no exenta de remordimientos y venir a contarme ahora lo que ellos vieron por el mundo mientras vagaban, con riesgo de extravío, por las revistas de que una mano generosa los rescató..."

Un libro necesario —como todo de la obra de Novo—, en las bibliotecas del lector deseoso de conocer a México "por dentro".

INDICE de Anunciantes

Bacardí	26
Balcones al Mar	53
Casa Mundo	21
Canillera Nacional (ca- bañas prefabricadas)	3a. forros
Coto Ferretería	84
Distribuidora Puig, S. A. (whisky VAT 69)	52
Editorial Acrópolis	60
El Pino, S. A.	12
Fábricas Barrera y sus distribuidores en el	
D. F. L.....	67
Jabones Finos, S. A.	69
La Marina, S. A.	20
La Potranca, S. A.	77
Maderería Cárdenas	19
Maderería "Las Sel- vas", S. A.	19
Maderería del Trabajo ..	76
Mercado del Fierro, S. A.	59
Mex-Papel, S. A.	25
Michoacana de Occiden- te, S. de R. L. 2a. forros	
Móvil Atlas	82
Pepsi-Cola	4a. forros
Redes, S. A.	17
Resinas Sintéticas, S. A.	72
Restaurante Jena	64
Sidral Mundet	83
Villasana y Cía. (Agen- tes aduanales)	73

Sírvase pedir



¿Sabía

Usted

que...

...solamente un 10 por ciento de la carne que se consume en los Estados Unidos es enlatada?

...la bahía de Nueva York tiene aproximadamente unos 1,130 kilómetros de línea costera?

...la isla de Cuba fue descubierta por Cristóbal Colón exactamente dos semanas después de haber visto por vez primera tierra americana. Esto es, el 26 de octubre de 1492?

...en el departamento de Ornitología de la Universidad de Cornell, existen más de 4,000 cintas grabadas con los gritos de más de 600 especies de pájaros?

...las manchas en el sol no son invisibles al ojo humano, excepto cuando entre el observador y el astro existen nubes ligeras, neblina o masas de polvo en suspensión?

...en los Estados Unidos los daños forestales causados por los grandes incendios, son unas nueve veces inferiores a los causados en los bosques por los insectos y las plagas?

...la gran Muralla China fue construida como defensa contra

las invasiones, hace 22 siglos. Todavía quedan restos de ella en una extensión de unos 2,400 kilómetros en China Septentrional?

...está demostrado que solamente tres mujeres de cada diez van al mercado provistas de una lista de artículos por comprar?

...los franceses llaman a cualquiera *monsieur* (señor), y a nadie le molesta por ello. También nosotros decimos "señor" sin miedo de molestar a nadie. Pero si a un alemán le dice usted *Mein Herr* (señor), sin añadir seguidamente su nombre o título, se considerará muy ofendido?

...en Los Angeles, California, en la Quinta Calle hay un restaurante "El Parador", que anuncia "Desayunos durante las 24 horas del día"?

...la inmensa mayoría de los japoneses no han visto un buey más que pintado?

...el caballo posee los ojos más grandes de todas las especies animales con excepción del elefante? Esto explica su magnífica visión, tanto durante el día como durante la noche.

TELEFONO:

22-00-70

al

22-00-77

**COTO
FERRETERIA**

Av. Fco. Morazán No. 71

antes CANDELARIA Y

BALBUENA

México 1, D. F.

